GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

DEL

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL Y DEL ESTRANGERO.

Esta interesante coleccion comprende hasta el dia mas de 250 comedias cuyos autores son:

D. Manuel Breton de los Herreros.
D. Antonio Gil de Zárate.
D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
D. Antonio Garcia Gutierrez.
D. Mariano José de Larra.
D. Ventura de la Vega.
D. Angel Saavedra (duque de Rivas).
D. José Zorrilla.
D. Miguel Agustin Príncipe.
D. Patricio de la Escosura.
D. Eugenio de Ochoa.
D. Francisco Martinez de la Rosa.
D. Manuel Eduardo Gorostiza.
D. Mariano Roca de Togores.
D. José de Castro y Orozco.
D. José Garcia de Villalta.
D. Isidoro Gil.
D. José de Espronceda.
D. Tomas Rodriguez Rubí.
D. Eugenio de Tapia. &c. &c.

MADRID.

LIBRERIAS DE ESCAMILLA Y CUESTA.

EL AMO CRIADO,

COMEDIA

DE D. FRANCISCO DE ROJAS,

REFUNDIDA EN CINCO ACTOS

POR

D. Juan Eugenio Hartzenbusch,

REPRESENTADA

EN EL LICEO ARTÍSTICO Y LITERARIO DE MADRID.

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1841.

Nadie se atreva en el Estado de esta Capital, á representar este drama sin el permiso del abajo firmado propietario.
El corresponsal
L. de Hartzenbusch

PERSONAS.

DON JUAN.
DOÑA INES.
DON FERNANDO.
DON LOPE.
DOÑA ANA.
SANCHO.
BEATRIZ.
BERNARDO.

La escena es en Madrid.

Esta comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad de D. Manuel Delgado, Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto primero.

El teatro representa las casas de la calle de Alcalá, frente á las Calatravas; á la izquierda del actor una reja, y sobre ella un balcon, ambos practicables. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

BERNARDO, *en trage de noche.* DON JUAN Y SANCHO, *de camino.*

(*Aparece Bernardo, embozado, al pie del balcon; ve venir á don Juan y Sancho, y se retira.*)

Sancho. Ó tú estás endemoniado,
ó tú lo que haces ignoras.
En la corte, y á estas horas,
¿qué buscas, recien llegado?
¿Dónde tu discurso va?
¿Qué es lo que intentas hacer?

Juan. Calla, necio.—Esta ha de ser
la gran calle de Alcalá.

Sancho. Y en noche tan tenebrosa,
que no despunta una estrella,
¿qué diantre buscas en ella?

Juan. Aqui ha de vivir mi esposa.

Sancho. El juicio hemos de perder,
si hay alguno que perdamos.
No asamos, ¡y ya pringamos!
¿Al primer tapon muger?
No habrá en verdad quien te arguya

que de esperanza escaseas,
pues antes de que la veas,
das á la novia por tuya.—
Que estás cansado imagina;
mira que las doce han dado;
¡tan listos han caminado
el moro y la peregrina!
Volvernos, don Juan, podemos
á dormir á la posada
que ya dejamos tomada.

Juan. En tanto que no sabemos
cual de aquestas casas es
la que á mi dulce desvelo
guarda en sus muros el cielo
de mi hermosa doña Inés,
no doy la vuelta al meson.
Lo he dicho: ya me conoces.

Sancho. Señor, que está dando voces
la cena desde el fogon,
y me tiene medio muerto
la caminata infernal.
Considera, hombre mortal,
que hoy hemos pasado el puerto;
y por los clavos de Dios,
recuerda, volviendo en ti,
que hay desde Burgos aquí,
muy largas, cuarenta y dos;
y no seas tan reacio
sobre boda; que me pesa
que tomes hoy tan de priesa
lo que ha de ser tan despacio.

Juan. ¡Ay! Inés con su hermosura,
aun pintada, me ha abrasado.

Sancho. Hombre que se ha enamorado
no mas que por la pintura,
porque á castigar se empiece
su amorosa desvergüenza,
ser sacado á la vergüenza
del desengaño, merece.
¿No puede la que te emboba
con una cara tan bella,
tener en la boca mella,

y en las espaldas corcoba?
Y aunque dé al retratro vida
la destreza del pintor,
¿te pintará ese señor
si es tu muger presumida?
¿Te ha de advertir el retrato
con curiosa perfeccion
lo que haya en sú inclinacion,
lo que hallarás en su trato?
Pues esto solo ha de ser,
si bien se llega á mirar,
lo que importa examinar
cuando se busca muger.
Y si no has averiguado
(que de ello soy buen testigo)
nada de lo que te digo,
¿de qué te has enamorado?

Juan. Ya su belleza acredita
lo que en ella puede haber.

Sancho. Es que la propia muger
no ha de pasar de bonita.
Que tenga procurarás
semblante modesto y casto:
hermosura... para el gasto
de su marido, y no mas.

Juan. Amigo Sancho, no sé,
dejando lo discurrido,
cómo le habré parecido
en el retrato que envié,
porque de mi original
no ví mas cierto traslado.

Sancho. Yo sí lo sé.

Juan. ¿Qué has pensado?

Sancho. Que le has parecido mal.

Juan. ¿Mal?

Sancho. (*Aparte.* Llegamos al pasage
que he temido tantas veces.)
¡Ay! Sí señor; le pareces
á doña Inés un salvage.

Juan. ¿Eso crees?

Sancho. Y no miento.

Juan. Pues ¿soy yo algun figuron

como tú?

Sancho. Esa es la razon.

Juan. ¿Qué dices?

Sancho. Que ahí está el cuento.

Juan. Acaba ya, mentecato:
díme la causa en rigor.

Sancho. ¿Lo quieres saber mejor?

Juan. Sí.

Sancho. No está aqui tu retrato.

Juan. De tu necedad me rio.
¿Mi retrato no te dí?

Sancho. Sí.

Juan. ¿No hiciste el pliego?

Sancho. Sí.

Juan. Pues ¿cuál enviaste?

Sancho. El mio.

Juan. Vive Dios, borracho, loco,
que á ser lo que dices cierto,
pienso que te hubiera muerto.

Sancho. Señor, vete poco á poco.

Juan. Esplica ese enigma.

Sancho. Espera,
y el lance te contaré.

Juan. Acaba, dí presto.

Sancho. Fue
la cosa de esta manera.
Ya te acordarás, señor,
(que yo harto estoy de acordarme)
que allá en Flandes dió en copiarme
la facha cierto pintor,
y puso el traslado fiel
de mis gallardas facciones
al angel con espolones,
peana de san Miguel.

Juan. Sí, y en pago del favor,
te hizo un retrato el flamenco,
igual á tí en lo mostrenco,
bien que no tan hablador.

Sancho. Tú la vida de campaña
quisiste entonces dejar,
para venir á buscar
suerte mejor en España.

Juan. En fin, que á Burgos llegamos,
patria en que los dos nacimos,
donde apenas conocimos
los mismos que antes tratamos.

Sancho. Que de tu desdicha incierto,
siendo tu esperanza vana,
menos hallaste á tu hermana,
y á tu hermano hallaste muerto;
sin que sepas del infiel
que tu honor asi profana,
dónde se llevó á tu hermana,
ni cómo dió muerte á él.

Juan. No acuerdes tan inhumana
pena, sin darme sosiego.
¡Ay mi hermano! ¡ay mi don Diego!
¡ay mal nacida doña Ana!
Mas si no hallo mi enemigo,
¿por qué comunico al labio
sin mi venganza mi agravio?
Prosigue, Sancho.

Sancho. Prosigo.
Recordarás que despues
por cartas de cumplimiento
trataste tu casamiento
en Madrid con doña Inés,
que será dama, confio,
de honor, prudencia y recato;
que ella te envió su retrato...

Juan. Y que yo la he enviado el mio.

Sancho. Eso es fuerza que prosiga.

Juan. No dices cosa que importe.

Sancho. Ya hemos llegado á la corte,
y es fuerza que te lo diga,
pues ahora al retrato llego.
Ya sabes, si te acordaste,
que la noche que le enviaste,
me hiciste cerrar el pliego,
y fue porque...

Juan. Sancho, acaba:
que todo es verdad te digo:
porque me llamó un amigo
al tiempo que le cerraba.

Sancho. Pues dióme gana, señor,
de mirar en este rato
tu retrato y mi retrato,
por ver cuál era mejor;
y hallando en los dos pinceles
la propiedad y el primor,
á entrambos con mucho amor
los envolví en dos papeles.
Pues envueltos...

Juan. ¿Qué...?

Sancho. ¡Friolera!
Los troqué tan torpe y ciego,
que el mio puse en tu pliego,
y el tuyo en mi faltriquera.

Juan. Yo te escucho y no lo creo.

Sancho. Entonces nada me inquieta.

Juan. ¿Y lo echaste en la estafeta?

Sancho. No, señor, en el correo.

Juan. Merecias que te ahogara.
¿Qué dirá Inés?

Sancho. No te asombres.
Dirá que todos los hombres
no han de tener buena cara.

Juan. ¿Qué pensará de tu talle
y de tu presencia, dí?

Sancho. Si Dios me la dado así,
¿la he de tirar á la calle?

Juan. ¡Que sufra tan necio engaño
mi dama en su afecto noble!

Sancho. Asi le agradas al doble,
cuando vea el desengaño.

Juan. Lo sabrá sin dilacion.
Ve, toca cualquier aldaba.
Las monjas de Calatrava
estas presumo que son;
de algun vecino sabremos
cuál de aquestas casas es
donde vive doña Inés.

Sancho. Por su padre preguntemos.

Juan. Él se llama don Fernando
de Rojas.

Sancho. Quiero llegar.

(*Viendo salir á Bernardo.*)

Juan. Antes puedes preguntar
á ese que se va acercando.

ESCENA II.

BERNARDO.—DON JUAN. SANCHO.

Bernardo. (*Aparte.*) Los rondantes que vinieron,
parece que estan despacio.

Juan. Ea, pregúntale, acaba.

Bernardo. (*Aparte.*) A ver si se van.

Sancho. Hidalgo,
¿dónde vive un caballero
que se llama don Fernando
de Rojas, si es usarcé
curial en aqueste barrio?

Bernardo. Vive en esta propia casa.

Sancho. Diga usarced: ¿en qué cuarto?

Bernardo. En toda la casa vive.

Sancho. Guárdele el cielo mil años,
cuatro ó cinco mas ó menos.—
Señor, ya hemos encontrado
tu muger; mas siendo propia,
no hallarla fuera el milagro.

Juan. Ya lo escuché.

Bernardo. (*Aparte.*) ¡Vive Dios
que imagino haber errado
en haber dicho la casa;
que estando dentro mi amo,
para salir sin ser visto,
ha de ser mucho embarazo.

Sancho. Señor, manos á la boda.

Juan. ¿Qué haces que no llamas?

Sancho. Llamo.

(*Sancho va á llamar, y Bernardo se interpone.*)

Bernardo. Oiga usarcé, caballero.

Sancho. ¿Caballero? Mas abajo
tengo mi alcurnia. ¿Qué ocurre?

Bernardo. Que hay enfermos en el barrio,
y es tarde, y mañana hay dia.

Sancho. Los dos que ve se han criado
en la Noruega, y asi

por la noche negociamos.

Bernardo. ¿Tanta prisa traen los dos?

Sancho. Nunca traemos espacio.

Bernardo. Diga, ¿y por qué?

Sancho. Porque quieren
muy aprisa los soldados.

Bernardo. No lo entiendo.

Sancho. Idlo á estudiar.

Bernardo. Vaya él á dormir; al caso
le hará.

Sancho. ¡Camarada!

Bernardo. ¡Amigo!

Sancho. ¿Sabe usarcé que...?

Bernardo. ¿Qué? Vamos.
Hable, si no se le atasca
la lengua.

Sancho. Él será el borracho.

Bernardo. ¿Roncas echa?

Sancho. ¿Y qué tenemos?

Bernardo. ¿Me oye?

Sancho. Bien le oigo.

Bernardo. Aqui al lado
de los padres recoletos,
si quiere reñir; le aguardo.

Sancho. ¿No sabe que es de cobardes
el reñir junto á sagrado?

Bernardo. (*Aparte.* Asi le pienso sacar
de la calle.) Ya me canso
de su flema, y otra vez
digo que espero en el Prado.

Sancho. Espere ucé cuanto quiera.

Bernardo. Si tarda, vuelvo y le envaso. (*Vase.*)

ESCENA III.

DON JUAN. SANCHO.

Sancho. Dé gracias á que no sé
las calles, y está nublado,
y de cólera no veo
para seguirle los pasos,
porque si no... Voy tras él.

Juan. Aguárdate, Sancho.
Sancho. Aguardo.
Juan. Entremos á ver á Ines,
y al momento que salgamos,
le irás á buscar.
Sacho. Bien dices.
¿Cuánto va que no le hallo?
Mas válgale su fortuna. (*Llama.*)
¡Ah de la casa! En lo alto
creo que abren un postigo.
Juan. Ya nos oyeron.
Sancho. Es claro.

ESCENA IV.

DON LOPE.—DON JUAN. SANCHO.

(*Baja don Lope desde el balcon á la reja, y de esta al suelo.*)

Juan. Un hombre, viven los cielos,
ó la vista me ha engañado,
desciende por el balcon.
Sancho. ¡La grande llaneza alabo!
¿Se usará en Madrid salir
á estas horas gateando?
Juan. Ese hombre no puede ser
de la casa.
Sancho. Pues no alcanzo,
si no es amante ó ladron,
quien sea.
Juan. Cállate.
Sancho. Callo.
Lope. ¿Quién es quien está en la calle?
¿No es Bernardo?
Juan. No es Bernardo.
Diga él quien es.
Lope. ¿Qué os importa
á vos?
Juan. Quizá demasiado.
Lope. De mí no habeis de saberlo,
y si me estorban el paso,

asi lo intento cobrar. (*Saca la espada.*)

Juan. Al valor, que tengo manos. (*Riñen.*)

Lope. (*Aparte.*) Si me conocen, arriesgo
la honra de Ines. Ya he cobrado
la calle: quede hoy, á costa
de mi honor, su fama en salvo. (*Vase.*)

(*Retirándose don Lope, pasa por delante de Sancho, que habia tambien desenvainado la espada; llega don Juan, y riñe con Sancho sin conocerle.*)

ESCENA V.

DON JUAN. SANCHO.

Juan. Si no me dices quien eres,
no has de pasar.

Sancho. ¡Oiga el diablo!
¡Mi amo riñe conmigo!

Juan. Dígame quien es.

Sancho. Soy Sancho.

Juan. ¿Qué dices?

Sancho. Lo que te digo.
Si no hablas recio, te mato.

Juan. ¿Luego se fué el que bajó?

Sancho. ¿Pues no lo ves? ¿No está claro
que dará mejor carrera
quien supo dar tan buen salto?

Juan. Sigámosle.

Sancho. ¿Tienes postas?

Juan. ¡Que se fuese!

Sancho. *¡Verbum caro*
factum est! ¡y qué de cosas
en un instante han pasado!

Juan. No creas que era cobarde
el que bajó.

Sancho. Pues yo ¿cuándo
pienso que nadie es gallina?
Para mí, todos son gallos.

Juan. Si has visto lo que sucede,
¿qué te parece que hagamos?

Sancho. Lo que á tí te pareciere.

Juan. Discurramos.

Sancho. Discurramos.
Juan. ¡Ser yo caballero pobre,
y apenas haber llegado
de Flandes, donde á mi rey
servi mas de catorce años,
cuando la mano me ofrece
de su hija don Fernando;
ella muy rica, y yo pobre,
y sin conocerme!
Sancho. Malo.
Aristóteles contigo
discurrió como un muchacho.
Juan. ¡Venir á Madrid contento,
y apenas haber llegado,
cuando un criado á estas puertas
(pues debió de ser criado
del que estaba dentro) intenta
que de la calle salgamos,
y para sacarnos, finge
que te desafía!
Sancho. Malo.
Juan. ¡Ser ya mas de media noche,
estar los cuartos cerrados,
ser casa en que viven solos
doña Ines y don Fernando,
desde el balcon principal
bajar un hombre arrojado,
sacar la espada valiente,
y acuchillarnos á entrambos,
y por no ser conocido,
irse tan aprisa!
Sancho. Malo.
Juan. ¡Casarme yo con Ines,
siendo los indicios claros!
Sancho. Peor.
Juan. Pues ¿qué hemos de hacer?
Sancho. Discurramos.
Juan. Discurramos.—
Ahora bien, yo tengo un medio
escelente.
Sancho. Ya le aguardo.
Juan. Y es averiguar yo mismo

mis celos y mis agravios.
Bien puede ser que este hombre
no entre por Ines, y en tanto
que conozco por la vista
la que tan ciego idolatro,
tú has de hacer por mí una cosa
que importa.

Sancho. Vamos al caso.

Juan. ¿No es verdad que por el mio
vino á Madrid tu retrato?

Sancho. Verdad es.

Juan. ¿Y hay en la corte
quien te conozca?

Sancho. No hallo,
con ser tordo de tu higuera,
quien pueda llamarme Sancho.

Juan. Pues desde hoy te has de fingir
mi dueño, y yo tu criado:
yo tu nombre he de ponerme,
y tú el mio, y disfrazados
así, yo procuraré
averiguar este encanto.

Sancho. Señor, ¿y si me conocen,
y me dan doscientos palos,
si no es que me dan dos mil,
por novio de contrabando?

Juan. Estando yo allí, no hay riesgo.

Sancho. ¿Y si doña Ines acaso
se me aficiona?

Juan. ¿Es posible
con esa traza, menguado?

Sancho. Como dicen que no es
en las mugeres estraño
querer lo peor...

Juan. Es que eso
lo dicen los desairados.

Sancho. ¿Con que ha de ser?

Juan. En efecto.

Sancho. ¿Estás ya determinado?

Juan. Sin remedio.

Sancho. ¿No hay escape?
Pues ahora bien, yo me armo

de punta en necio, que son
las armas de los casados.

Juan ¿Si te vendrán mis vestidos?

Sancho. Tienen ensanchas; y ¿cuándo
á un pobre no le ha venido
cualquier vestido pintado?

Juan. Desde hoy Sancho he de llamarme.

Sancho. Y yo don Juan de Alvarado.

Juan. ¿Fingirás?

Sancho. Como una dama.

Juan. ¿Te turbarás?

Sancho. Soy bellaco.

Juan. Asi sabré quien me injuria.

Sancho. Asi estaré regalado.

Juan. Hoy veré á mi Ines hermosa.

Sancho. Yo voy á engordar á palmos.

Juan. Pero si pérfida Ines
me convida con su mano
al tiempo que otro galan
mis dichas está usurpando,
yo mi ofensa vengaré.

Sancho. Mas si dan en el engaño,
y me sientan una zurra
que me deje derrengado,
ninguno podrá quitarme
el haber sido tu amo,
y novio de Ines; y en fin,
muera Sancho, y muera harto.

Juan. Ea, venid á vestiros.

Sancho. Marchad vos á desnudaros.

Juan. ¡Bien empiezas!

Sancho. Soy un dije.
Sancho, vamos.

Juan. Don Juan, vamos. (*Vanse.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

Sala en casa de don Fernando.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA INES, BEATRIZ, *con manto.*

Beatriz. En fin, tú me has despedido.
Ines. Beatriz, no repliques mas.
Beatriz. Injusto pago me das
del tiempo que te he servido.
¿Cómo con este rigor
premias mi antigua lealtad?
Ines. Antes que tu voluntad
tiene su lugar mi honor.
Beatriz. Solo te pido que acabes,
puesto que me has despedido,
de decir en qué he ofendido
tu decoro.
Ines. Tú lo sabes.
Beatriz. No tal, que sin ton ni son
me riñes á troche y moche.
Ines. Pues dime, Beatriz, anoche,
¿á qué abriste mi balcon
á mas de las diez?
Beatriz. Repara
que en eso no hay que culpar,
porque puse á serenar
el agua para la cara.

Ines. ¿No hablaste al abrir?
Beatriz. No hablaba.
(*Aparte.*) Ella va á cojerme aquí.
Ines. Mientes, Beatriz; yo lo ví.
Beatriz. Es verdad; pero rezaba.
Ines. Pues dime: ¿por qué razon,
cuando en la ventana estabas,
ya que rezabas, rezabas
tan recio?
Beatriz. Es mas devocion.
Ines. ¡Oh! ¡qué bien sabes tener
la respuesta prevenida!
Y dí: ¿á qué estabas vestida
antes del amanecer?
Y si acaso sueño fue,
y vestida te dormiste,
¿cómo no me respondiste
al tiempo que te llamé?
¿Cómo, habiendo alborotado
la casa, no parecias?
Dirásme que no me oias.
Beatriz. Tengo el sueño tan pesado...
(*Aparte.* Yo he de escusarme, por Dios.)
Ines. ¿Dormias de esa manera,
cuando echaste un hombre fuera
por el balcon, á las dos?
Beatriz. ¿Yo eché un hombre fuera?
Ines. Sí.
Tú, Beatriz, en conclusion,
fuiste quien abrió el balcon.
Beatriz. ¿Quién lo dice?
Ines. Yo lo ví.
Beatriz. Pues si lo viste, señora,
y estás en eso tan cierta,
tu primo...
Ines. No me le nombres.
Beatriz. Don Lope...
Ines. ¿Irritarme intentas?
Beatriz. Pasó anoche por aquí,
y hallando la casa abierta,
te quiso hablar de su amor,
y sin aguardar licencia,

se entró: reñíle; por fin,
iba ya á tomar la puerta,
cuando le ocurre á tu padre
atravesar esa pieza.
Yo que le sentí, ¿qué hago?
Porque á tu primo no vea,
abro de pronto un balcon,
y le dejo por defuera.
Y apenas sentí que estabas
sosegada, aunque despierta,
y apenas ví que tu padre
no escupió una vez siquiera,
ni dijo: "esta tos es mia,"
con ser la tos su perpetua,
abrí el balcon al galan,
y le guié á la escalera.
Pero como el buen don Lope
miró la casa tan quieta,
dió en decir: "erre que erre,"
cuando yo: "fuera que fuera,"
y yéndose á tu aposento
ó por amor ó por tema,
te alborotó, y diste en esto
voces tales como buenas.
El asustado, y temiendo
que tu padre se vistiera,
volvió al balcon otra vez;
y bajando por la reja,
salió á la calle, en la cual
hubo no sé qué pendencia.
Esto ha habido; y pues mi amo
nada supo, no consientas
dar un castigo tan grande
á una culpa tan pequeña;
asi tu novio don Juan
que por instantes esperas,
no tu marido, señora,
sino tu amante parezca;
asi tu ventura...

Ines. Calla,
si no quieres que sangrienta,
antes que á don Juan me mientes,

te despedace la lengua.
¿Esposa yo de don Juan?
No lo permita mi estrella :
antes se cierren mis ojos
á la luz, que tal suceda.
Y á tí porque has irritado,
ó desconocida ó necia,
con tu ruego mi piedad,
mi obligacion con tu queja,
pues con don Lope traidora,
y con don Juan halagüeña,
mas que me obligas me irritas,
y me enojas que me empeñas;
porque á don Juan me nombraste...

ESCENA II.

DON FERNANDO.—DOÑA INES. BEATRIZ.

Fernando. Ines, ¿qué voces son estas?
¿Qué ha sido?
Ines. Nada, señor.
Fernando. (*Llamando aparte á Beatriz.*)
Beatriz, ¿á dónde vas?
Beatriz. Fuera
de casa : estoy despedida.
Fernando. ¿Por qué?
Beatriz. No sé si me atreva
á decirlo.
Fernando. ¿Qué es el caso?
Beatriz. Mi ama, que ha dado en la tema...
Fernando. ¿Cuál?
Beatriz. En que no ha de casarse
con don Juan, aunque tú quieras,
y porque la dije ahora
solo que te obedeciera...
Fernando. ¿Qué hizo?
Beatriz. Me despidió.
Fernando. ¿Esa fue la causa?
Beatriz. Esta.
Fernando. Quitate el manto, Beatriz.
Beatriz. ¡Oh! vivas mas que una suegra

cuando es rica y tiene yerno
con ganas de que se muera.

Fernando. Déjanos solos ahora. (*Vase Beatriz.*)

ESCENA III.

DON FERNANDO. DOÑA INES.

Fernando. Ines.

Ines. Señor, qué me ordenas?

Fernando. ¿No dirás qué novedad
ha irritado tu obediencia?
¿Por qué tan triste estos dias,
ó de airada ó de suspensa,
les trasladas á los ojos
las pasiones de la lengua?
¿No es don Juan gran caballero?
¿Por qué neciamente niegas
á mi cuidado este amor,
á mi fe esta diligencia?
¿No quieres á don Juan?

Ines. No,
y porque la causa sepas,
repara en este retrato
si es justa mi inobediencia. (*Le da un retrato.*)

Fernando. ¿Qué tiene?

Ines. Que no es posible,
aunque tú me le encarezcas,
que sea hombre principal
un hombre de esta manera.
Esta ¿es cara de hombre noble?
¿Puede tener sangre buena
quien tiene este talle? Este arte,
¿es arte de hombre de prendas?

Fernando. Pues dí: ¿quién ha conocido
por el rostro la nobleza?
¿Dice el talle calidades?
Las obras son las que enseñan
la buena sangre, el valor
es la mas hermosa muestra.

Ines. Sí, pero la buena sangre,
aunque se oculte en las venas,

siempre en el semblante fija
rasgos que la manifiestan.

Fernando. Inútil es que procures
desmentir á la evidencia;
el mérito de don Juan
toda Burgos lo confiesa,
y casándote con él,
serás...

Ines. Señor, considera
que mi voluntad es mia,
y no es justicia que quieras
sujetarme, por ser padre,
mas aun que Dios me sujeta.

Fernando. Advierte, Ines, que don Juan,
aunque es pobre, ahora espera
heredar de un tio anciano
dos mil ducados de renta.

Ines. Antes si tiene don Juan
título porque le quiera,
es por ser pobre; que amor
no se paga de riquezas.
Si yo hubiera de elegir
de dos galanes, y fuera
uno rico y otro pobre,
y entrambos de iguales prendas,
porque me quisiera mas,
al pobre la mano diera.

Fernando. Mira, Ines, yo no te pido
que te cases.

Ines. Pues ¿qué intentas?

Fernando. Que veas solo á don Juan,
porque puede ser que sea
mucho mejor la persona
que el retrato.

Ines. No lo creas;
que de pintor que no adula.
nadie retratarse deja.
Pero por obedecerte,
y porque no te parezca
que es mi desden por capricho,
y mi disgusto por tema,
yo esforzaré mi deseo

á quererle cuanto pueda.
Venga don Juan á mis ojos;
que porque bien me parezca,
á mi corazon pretendo
reconvenir con violencia;
y porque quiero tambien
que si no me agrada, veas
que por tí, contra mi gusto,
hago la mayor fineza.

ESCENA IV.

BEATRIZ.—DON FERNANDO. DOÑA INES.

Beatriz. Una señora tapada, (*A don Fernando.*)
por la traza, forastera,
á solas te quiere hablar.
Fernando. ¿A solas? Dila que venga. (*Vase Beatriz.*)
Pasa á tu aposento, Ines. (*Vase doña Ines.*)
¿Qué será lo que pretenda
de mí esta dama?

ESCENA V.

DOÑA ANA.—DON FERNANDO.

Fernando. ¿Quién sois?
Ana. Una infelice que espera
vuestro amparo.
Fernando. Descubríos,
y decir si hay en que pueda
serviros.
Ana. (*Descubriéndose.*) Podeis en tanto,
que solo por tener esta
confianza, me he atrevido
á venir sola á una tierra
donde nadie me conoce.
(*Da una carta á don Fernando.*)
En esta me recomienda
doña Elena de Quiñones
á vuestro amparo: leedla.

Fernando. ¿Luego venís de Zamora?
Ana. Sí.
Fernando. ¿Cómo está doña Elena?
Ana. Tiene salud.
Fernando. Su papel
leo con vuestra licencia.
(*Lee para sí.*) En vista de lo que aquí
me dice de vos mi deuda,
y lo que vuestra persona
desde luego se grangea,
podeis mandar en mi casa
como si fuese la vuestra.
Ana. ¡Señor!
Fernando. Veo que os llamais
doña Ana de... (*Aparte.* ¡Qué sospecha!)
Ana. De Alvarado.
Fernando. Cierto. ¿Sois
zamorana?
Ana. Burgalesa.
Fernando. ¿Y no conservais en Burgos
parientes?
Ana. Solo me queda
un hermano que está en Flandes
há catorce años.
Fernando. (*Aparte.* Es ella.)
¿Os alegrárais de verle?
Ana. Por ahora, lo temiera.
Fernando. ¿No os quiere bien?
Ana. Yo, señor,
he recibido una ofensa;
mientras no me justifique,
vivir oculta quisiera
de todos.
Fernando. Decid qué causa
tiene la venida vuestra.
Ana. Es mi nombre doña Ana de Alvarado,
Burgos mi patria, Burgos que ha intentado
con sus agujas y sus torres bellas
competir con la luz de las estrellas.
Nací de noble sangre y valerosa,
tan infeliz como si fuera hermosa,
porque desde la cuna

ensayó en mí sus iras la fortuna.
Criada, por enojos paternales,
lejos de los domésticos umbrales,
pasé en tristeza y soledad sumida
los quince años primeros de mi vida.
Viví tan sin amor, tan sin cariño,
que no temí las flechas del Dios niño:
¡ojalá que temido las hubiera,
porque de ellas mejor me defendiera!
Ví una tarde en el campo un forastero;
habló amante, creíle lisongero;
creíle; que elogiaba mi hermosura,
y la lisonja tiene esa ventura.
Dejéle, despidióse, fuese luego;
inquietóseme todo mi sosiego;
y porque amor ganase la victoria,
la voluntad dispuso á la memoria,
obró el discurso torpe y poco atento,
la memoria engañó al entendimiento;
los ojos, si no ciegos, suspendidos,
se dejaron guiar de los oidos.
Díle entrada en mi casa con recato;
ardió el amor, que le atizaba el trato;
y la noche primera
que enamorado don Andres de Herrera,
en mi mano estampaba reverente
ósculo de pasion pura y ardiente,
mi destino inhumano
trajo á mi casa á mi mayor hermano,
que vibrando colérico y ligero
contra mi amante el homicida acero,
¡ay! por hacer á mi decoro injuria,
víctima fue de su imprudente furia.
Muerto mi hermano, don Andres huido,
blanco yo, por el lance sucedido,
de amargas reprensiones,
mi honor en opiniones,
vino mi padre á renovar mi luto,
la vida á su dolor dando en tributo.
Viendo yo que pasaban dias y años
sin llegar el remedio á tantos daños,
por mas que mitigando mis enojos,

regaba mi esperanza con mis ojos,
y sabiendo que aquel que me queria,
en Madrid residia,
de su amor y promesas olvidado,
vine á la corte, donde no le he hallado;
antes he conocido
que fingiéndome el nombre, me ha mentido;
y asi si la amistad de doña Elena,
mi error pasado y mi presente pena
te obligan como noble y como anciano,
hoy me rindo al amparo de tu mano:
en tu casa, por ver mi fama honrada,
acoge una muger tan desdichada;
no ande mi deshonor tan peregrino,
porque ganes...

ESCENA VI.

BEATRIZ.—DOÑA ANA. DON FERNANDO.

Beatriz. Don Lope tu sobrino,
todo el color turbado,
de algun riesgo su aliento embarazado,
quiere hablarte.
Fern. Que venga. Vos, señora,
(*Vase Beatriz.*)
en este cuarto habitareis ahora;
que yo os prometo, como caballero,
mirar por vuestro honor.
Ana. Asi lo espero.
Fern. Vuestro honor es el mio.
Ana. Pues hoy mi honor en vuestra sangre fio.
Fern. En mi fé no tengais ningun recelo.
Retiraos.
Ana. A Dios. (*Vase.*)
Fern. Guárdeos el cielo.

ESCENA VII.

DON LOPE.—DON FERNANDO.

Fernando. ¿Qué es esto, amigo don Lope?
¿qué turbaciones han sido
las que atentamente cuerdo
en vuestro rostro averiguo.
Lope. Mi sangre ¿es vuestra?
Fernando. Sí, Lope.
Lope. ¿No somos los dos amigos?
Fernando. Y ese es para entre los dos
el parentesco mas fino.
Lope. ¿Me aconsejareis?
Fernando. Los viejos
no tenemos otro oficio.
Lope. ¿Estamos solos?
Fernando. Sí estamos.
Ea, declaraos, sobrino.
Lope. Acabo de recibir
un papel... (*Lo saca.*)
Fernando. ¿Qué dice?
Lope. Oidlo.
(*Lee.*) «Amigo don Lope: el hermano del caballero á quien dísteis muerte en esta ciudad, ha pasado hoy á esa villa: yo no sé lo que en ella intenta, solo sí que á mí me toca dar este aviso, y á vos el cuidado de tan grande enemigo.=Guárdeos el cielo.=Burgos &c.»
¿Qué os parece?
Fernando. Que el empeño
es grande, y claro el peligro.
¿Fué justa la muerte?
Lope. No.
Fernando. ¿Cómo fue el lance?
Lope. Imprevisto.
Dí la muerte, sin querer,
al mayor amigo mio.
Fernando. ¿Cómo fué?
Lope. Para el remedio,
quiero decir el delito.
A disfrutar de las fiestas
célebres que Burgos hizo

al dichoso nacimiento
del hijo del gran Filipo,
un don Diego de Alvarado,
caballero muy bien quisto,
me envió á llamar á esta corte,
porque con mi lado quiso
dar novedad á su patria,
y á su intencion un amigo.
Obedecíle, sacóme
en los toros por padrino,
y despues que de la lidia
los aplausos recogimos,
salimos á pasear
por las orillas del rio;
y entre las muchas bellezas,
ninfas del ameno sitio,
ví una muger embozada,
cuyos ojos fueron, vistos,
para el hierro de mi amor
dos imanes atractivos.

Fernando. Escusad el referirme,
por demasiado sabido,
las antiguas novedades
que usa amor en sus principios.

Lope. En fin, á su casa fuí,
despues de algunos avisos
que me tuvieron de costa
esperanzas y suspiros;
y dentro de ella una noche
yo y el dueño que fue mio,
nos decíamos amores,
no hablados y ya entendidos,
cuando la puerta de un golpe
arrancaron de su quicio.
Mató mi dama la luz,
entró un hombre, y yo atrevido,
dí la defensa á la espada,
y á la indignacion el filo.
A oscuras, pues, me buscaba;
á oscuras le solicito;
y sin aliento á mis pies,
por mi suerte ó su destino,

cayó sin que le costara
la vida un leve suspiro.
Saca asustada otra luz
mi dama, el suceso miro,
y hallo que el que estaba muerto,
era aquel amigo mio
por quien fuí á Burgos, aquel
don Diego, que he referido,
que como de mis deseos,
fue dueño de mi albedrio.

Fernando. ¡Desgracia notable! Pero
¿cómo siendo tan amigos
vos y don Diego...?

Lope. ¿Estrañais
cómo fue que no supimos,
ni él que yo amaba á su hermana,
ni yo el amor que conquisto?
Era el caso que esta dama,
(por enojos muy antiguos
apartada de su padre
con recato y con retiro
en casa de una parienta)
viéndose tan sola, quiso
aventurar con su fama
la lealtad de dos amigos.
Fuíme sin entender nadie
ser yo autor de este delito,
porque tambien á mi dama
hablé con nombre fingido.
Dejé olvidado mi amor,
y llegando á lo preciso,
sabe que el menor hermano
de este caballero mismo,
habrá tres meses y mas
que á Burgos de Flandes vino;
y aunque no sabe quién es
su ofensor, he presumido
que á Madrid viene á buscarme
por sospecha ó por indicios;
y aunque á mí no me conoce,
puesto que nunca me ha visto,
al consejo de esas canas

prudente y osado aspiro.
Que viene á Madrid es cierto;
que ha de buscarme imagino;
huir de él es cobardía;
querer matarle es delito;
no esperarle gran desdoro;
solicitarle es delirio;
y asi... (*Llaman.*) A la puerta han llamado.

ESCENA VIII.

BEATRIZ.—DON FERNANDO. DON LOPE.

Fernando. ¿Quién es?
Beatriz. Albricias te pido.
El novio de tí esperado,
mas galan que diez Narcisos,
mas hueco que un guarda-infante,
en este instante ha venido.
Fernando. Pues á Inés llama, Beatriz;
abre de paso el postigo
de esa antesala, y harás
que todo esté prevenido.
Beatriz. Voy al punto. (*Vase.*)
Lope. ¿Qué es aquesto?
¿Habeis casado, decidlo,
á doña Inés?
Fernando. Sí, don Lope.
Lope. ¿Cómo, siendo deudo mio,
no me avisásteis?
Fernando. Porque
fué no avisaros preciso.
Lope. ¿Quién es?
Fernando. Luego lo vereis.
Lope. (*Aparte.*) ¡Infeliz! ¿qué es lo que he oido?
Fernando. (*Aparte.*) Don Juan su enemigo es;
mas yo lograré avenirlos.

ESCENA IX.

DOÑA INES *y* BEATRIZ, *por un lado*; *por otro* DON JUAN. SANCHO *y* BERNARDO.—DON FERNANDO. DON LOPE.

Juan. Ea, ¿no llegais, señor?
(*Aparte.*) ¡Oh qué hermosa!
Lope. (*Aparte.*) ¡Estoy perdido!
Sancho. Allá voy.
Ines. (*Aparte*) Bien satisface
su talle á lo imaginado.
Fernando. Seais, don Juan, bien llegado
á esta casa.
Sancho. Que me place.
Fernando. Mucho de veros me alegro.
Sancho. (*Aparte.*) Desgraciado vengo á ser:
antes de ver mi muger,
doy de bruces con mi suegro.
Juan. (*Aparte á Sancho.*)
No dirás cosa que importe.
Sancho. (*Aparte.* Yo lo he de echar á perder.)
Decid: ¿no podremos ver
un poco de la consorte?
Fernando. Es obligacion forzosa.
Juan. (*Aparte á Sancho.*) En lo que dices repara.
Ines. (*Aparte.*) ¡Qué talle! ¡qué mala cara!
Fernando. Esta es, don Juan, vuestra esposa.
Sancho. A vuestra luz peregrina
fallezca el alma envidiosa
que antes os juzgaba hermosa,
y ahora os halla tan divina.
Sois de notable hermosura,
y sois, en fin, (fuera miedos)
mas de aquestos cuatro dedos
mejor que vuestra pintura.
Dais quince á cuantas beldades
intenten...
Juan. (*Aparte á Sancho.*) Necedad fué.
Sancho. Señora, en estando en pie,
diré dos mil necedades.
Fernando. Sillas: ¡hola!

Beatriz. (*Aparte.*) Él ha empezado
con lindo estilo en efeto.
Ines. Por solo oiros discreto,
procuro veros sentado.
Lope. (*Aparte.*) De rabia y enojo muero.
¿Hay hombre mas desdichado?
Fernando. (*Aparte.*) El tal don Juan de Alvarado
parece gran majadero.
Ines. Decid: ¿cómo habeis venido?
Sancho. Como quien os viene á ver,
bueno; mas quiero saber
qué tal os he parecido.
Ines. ¿Que eso pregunte don Juan?
Ya vuestra presencia abona
que no habrá en Madrid persona
que os compita en ser galan;
pues á vuestro talle creo
que otro igual nunca le ví.
Sancho. Todos lo dicen así,
y yo tambien me lo creo.
Lope. Yo tambien saber espero,
pues lo mas preciso es,
qué os parece doña Ines.
Sancho. ¿Quién es este caballero?
Ines. Es mi primo, á quien estimo,
y que es de casa entended.
Sancho. Conózcame vuesarced
por su hermano y menor primo.
Fernando. Pero á lo mas importante
no nos habeis respondido.
Ines ¿qué os parecido?
Sancho. Me parece... lo bastante.
(*Ríense todos.*)
¿Rien? ¡Qué! ¿fué necedad?
Ines. (*Aparte.*) Yo he de perder el sentido.
Sancho. Por mi vida, ¿cuándo ha sido
disparate la verdad?
Lope. Una ignorancia, en rigor,
de un novio: no hay que admirarse.
Sancho. Primo, para mí el casarse
es la ignorancia mayor.
Lope. Si el matrimonio os asusta,

¿cómo pretendeis á Ines?

Sancho. Porque ya pienso al reves,
porque la novia me gusta;
bien que me da grima el verla
con esa cara de viernes.
A otro punto, suegro en ciernes,
con permiso de mi perla.

Fernando. Decid.

Sancho. Saber he querido,
supuesto que ya he llegado,
si es la novia de contado,
y el dote de prometido.

Fernando. Vos habeis hecho un reparo
que parece desvarío:
eso es presto.

Sancho. Señor mio,
cuanto mas yerno, mas claro.

Fernando. Como habeis sido soldado,
os preciais de desparcido.

Sancho. No tengo mas que haber sido,
que ser don Juan de Alvarado.

Lope. ¡Don Juan de Alvarado!

Sancho. Cierto.

Lope. ¿Vos no sois de Burgos?

Sancho. Sí.

Lope. (*Aparte.* A su hermano muerte dí.)
¿Teneis un hermano?

Sancho. Es muerto;
que le dieron muerte fiera,
no por valor, sí por suerte.

Lope. ¿Y sabeis quien le dió muerte?

Juan. Si mi dueño lo supiera,
¿no hubiera ahogado en sus brazos
al autor de su despecho?
¿no le arrancara del pecho
el corazon á pedazos?
Y cuando á su muerte aspira,
¿tuviera en otra balanza
vida para su venganza,
ni objeto para su ira?
Si de su enojo crüel
se redujera templado,

yo que nací su criado,
yo le matara por él.

Lope. ¿Qué suponeis vos aqui
para hablar ni responder?

Sancho. Téngole dado poder
para enojarse por mí.

Lope. De haberme asi replicado,
decid, ¿cuál la causa fué?

Juan. Perdonad, que me llevé
del afecto de criado.

Fernando. De ordinario afecto pasa
enojo tan desigual.

Juan. Soy sirviente...

Fernando. Muy leal.

Sancho. Sancho se ha criado en casa;
como á hermano le he tenido;
y que es bizarro advertid.

Ines. Señor don Juan...

Sancho. ¿Qué? Decid.

Ines. Buen criado habeis traido.

Sancho. Supuesto que á escuchar llego
que le alabais sin compas,
no he de ponérmele mas:
servíos de él desde luego.

Fernando. Ea, ¿qué es lo que aguardamos?

Ines. (*Aparte.*) ¿Qué es, cielo, lo que me pasa?

Fernando. Venid, vereis vuestra casa.

Sancho. Vamos, Ines.

Ines. Don Juan, vamos.

(*Vanse don Fernando, doña Ines, Sancho, Beatriz y don Lope.*)

ESCENA X.

DON JUAN. BERNARDO.

Bernardo. (*Aparte.* Por una sospecha incierta,
quisiera averiguar yo
si este, ó su amo llamó
esta noche á aquella puerta.
A ver.) Hidalgo, su brio
enamorado me deja;

no haremos mala pareja
si me toca un desafio.
Ser quiero su camarada.

Juan. Saber vuestro nombre aguardo.
¿Cómo os llamais?

Bernardo. Yo, Bernardo.

Juan. ¡Bernardo!

Bernardo. ¿Qué es eso?

Juan. Nada.
¿Y á quién servís?

Bernardo. Sirvo á aquel
primo de vuestra señora
con quien hablásteis ahora.

Juan. (*Aparte.* ¡Viven los cielos que es él!)
Vuestra oferta de amistad
gran satisfaccion me ha dado;
pero ahora estoy ocupado:
ya nos veremos; andad.
(*Vase Bernardo.*)

ESCENA XI.

D. JUAN.

El criado es, vive Dios,
que anoche en la calle estaba,
y á su señor esperaba
cuando llegamos los dos;
y en la voz, el aire y talle
de don Lope, á no dudar,
conozco al que ví bajar
desde el balcon á la calle.
Por escusadas estimo
las pruebas que en esto hiciere;
don Lope á su prima quiere:
¿querrá doña Ines al primo?
Todo lo temo y lo ignoro;
solo de mi dama sé
que antes de verla la amé,
y ya que la ví, la adoro.
Preciso en mis dudas es

que guarde silencio el labio,
mientras cauteloso y sabio
observo al primo y á Ines;
hasta que quieran los cielos
ó coronar mi esperanza,
ó dar para la venganza
desengaños á mis celos.

FIN DEL ACTO II.

Acto tercero.

ESCENA PRIMERA.

DON LOPE. BERNARDO.

Lope. Yo he de ver á Ines, ahora
que está don Fernando fuera.
Déjame solo, Bernardo.
Bernardo. Contradecirte me pesa;
pero es preciso, señor.
Mira lo que haces.
Lope. No quieras
apagar con tus consejos
de mis pasiones la hoguera;
diga yo á Ines que la adoro,
aunque nunca mas la vea.
Bernardo. Si por fin ha de casarse
con don Juan, ¿no consideras
que con decirla tu amor,
siendo Ines cuerda y honesta,
si no aprovechas la voz,
echas á perder la queja?
Acostúmbrate á sufrir,
válete de la prudencia,
pon de tu parte el silencio;
que callando, aunque mas sientas,
en breve tiempo estarás
bien hallado con tus penas.
Lope. Ya solo en la voz, mi mal,

si hay alivio, alivio espera:
con fuego de amor ayer
ardia en llama violenta;
hoy que á este amor se le añaden
de mis celos las sospechas,
¿cómo quieres que me sufra
cuando mi dolor se aumenta?

Bernardo. Y díme, señor; ¿es justo
que tercera vez ofendas
á don Juan tú que le debes
satisfacer dos ofensas?
A su hermano diste muerte;
á su hermana noble y bella
abandonaste; y ahora
por último agravio intentas
que elija ser prenda tuya
la que serlo suya espera.

Lope. Yo no le ofendí sabiendo
á quien ofendia: deja
los consejos, pues has visto
tan indócil mi prudencia.

Bernardo. Callo entonces.

Lope. Calla, y vete
lejos de aqui.

Bernardo. Enhorabuena. (*Vase.*)

Lope. Informarme de Beatriz
primero, será cautela
muy conveniente.
(*Llégase á una puerta, y llama.*)
Beatriz,
chit, Beatriz.

ESCENA II.

BEATRIZ.—DON LOPE.

Beatriz. (*Dentro.*) ¿Quién me cecea?

Lope. Yo soy.

Beatriz. ¿Es don Lope?

Lope. Sí. (*Sale Beatriz.*)

Beatriz. Abrázame antes que venga
mi señora.

Lope. ¿Qué hay de nuevo?
Beatriz. Téngote famosas nuevas.
Lope. Dílas.
Beatriz. Mi señora...
Lope. ¿Qué?
Beatriz. Aborrece con tal fuerza
á ese don Juan, que esta tarde
la he tenido casi muerta.
No ha parado de llorar
desde que se alzó la mesa.
Lope. ¿Dónde está?
Beatriz. Sola en su cuarto.
Lope. Don Juan, ¿qué hace?
Beatriz. La gran bestia
duerme.
Lope. ¿Tan tarde?
Beatriz. Tan tarde;
y es su dormir de manera,
que ya debe de pensar
que se ha casado con ella.
Lope. ¿Podré hablarla?
Beatriz. Sí podrás,
que va á salir á esta pieza.
Yo me retiro, y te dejo
donde aprovecharte puedas
de tu prosa. Díla aquello
de «mi angel, mi bien, mi estrella;»
promete como persona
que no ha de dar; manotea;
grita que eres infelice,
que teneis infausta estrella;
que de piedad puede ser
que te escuche y se enternezca;
y si pudieres echar,
aunque mas por fuerza sea,
un lagrimon, será cosa
de quebrantar una peña.
Lope. Pues toma... (*Saca un bolsillo.*)
Beatriz. No hay que tratar.
Lope. Vamos, guárdale.
Beatriz. Eso fuera
suponer que es mi amistad

interesada.

Lope. Que llega
Ines.

Beatriz. Cree que le tomo
(*Toma y guarda el bolsillo.*)
por no parecer grosera.
(*Vase Beatriz, y retírase don Lope.*)

ESCENA III.

DOÑA INES.—DON LOPE.

Ines. (*Distraida.*) Como jamas he cursado
de los males en la escuela,
nunca supe que cabian
en un dolor tantas penas.
Tres afectos en mi pecho
se hacen porfiada guerra;
dos sugetos aborrezco,
y uno el corazon me lleva.
Don Juan me cuenta por suya,
don Lope mi honor molesta;
ambos de mi amor son iras,
ambos de mi enojo señas;
y al que en el alma se ha entrado
por no sé cuál de sus puertas,
procuro echarle del alma,
y no es posible que pueda.
Yo quiero bien, pero á un hombre
de tan desiguales prendas,
que es bajeza de mi sangre;
mas no pienso que es bajeza;
que aunque es verdad que el amor
de igualdades se contenta,
no es muy fino amor aquel
que se funda en conveniencias.
Yo aborrezco á quien me iguala
en calidad y riquezas;
pero ¿qué hace la igualdad
donde falta la terneza?
A don Lope es á quien digo
que aborrezco con tal fuerza,
que pienso... ¿Quién está aquí?

Lope. (*Adelantándose hácia doña Ines.*)
Un desdichado que llega
á coger en desengaños
lo que ha sembrado en finezas,
un infeliz á quien hacen
inmortal tus resistencias,
pues si de tu voz no he muerto,
no moriré de mi pena.
Pero aunque ingrata á mi amor,
desconocida á mi queja,
desprecias las ansias mias,
mas de vana que de atenta,
te he de avisar que aunque ahora
me rindes y me sujetas...

Ines. No me atormenteis, don Lope.

Lope. No es valor sino destreza.
Mis afectos...

Ines. No los digas.

Lope. Mis iras...

Ines. No las adviertas.

Lope. Sí te las he de advertir;
que es crüeldad que pretendas
que mi mal no tenga alivio
con referirlo siquiera.
Yo no te puedo olvidar,
doña Ines: yo me hago fuerza
á olvidarte, y es querer
del sol vencer la carrera:
yo á tus piedades aspiro,
y sacrificar quisiera
al templo de tu rigor
toda un alma por ofrenda.
¿A un hombre ignorante admites,
indigno de tus finezas,
y á quien supo conocerte,
pues te adora, le desdeñas?

Ines. Vete, don Lope, no intentes
que irritada ó que grosera...

Lope. Ya estoy hecho á tus rigores,
ya no hay mas con que me ofendas;
mas ya que el último plazo
á mi desdicha se acerca,

oye mi mal; que si le oyes
como él es, ha de ser fuerza
que á premiarle y admitirle,
si no te obligue, te mueva;
y que le has de premiar sé...

Ines. Suspended iras y quejas,
y esa amorosa locura
hácia el pecho retroceda.
Yo, ¿si os escucho, premiaros?
Pues ¿cuándo he dado yo muestras
de agradecer un amor
que miro como una ofensa?
Con una dama que en Burgos,
confiadamente necia,
os quiso, podeis gastar
esa fingida terneza;
pero si quereis que yo
un favor os agradezca,
salid al punto de aquí.

Lope. Óyeme, Ines.

Ines. Idos fuera.

Lope. Oye á un infeliz.

Ines. Dejadme,
si no pretendeis que pierda
el respeto á mi decoro.
Id, y no volvais mis puertas
á pisar.

ESCENA IV.

BEATRIZ.—DOÑA INES. DON LOPE.

Beatriz. ¡Buena la hicimos!
Don Juan, como está tan cerca,
ha despertado á tus voces,
y viene.

Ines. Pues, Beatriz, lleva
á don Lope á esa antesala.

Beatriz. Le vé Sancho.

Ines. Que le vea.
Es mi primo: nada importa.

Beatriz. Mira que has de dar sospecha

de lo que no ha sido culpa.
Presto, señora, que llega.

Ines. Pues escóndele en mi cuarto.

Lope. Porque tu opinion no pierdas,
me oculto.
(*Éntrase en el cuarto de doña Ines.*)

Beatriz. Aprisa.—Tú ahora
ríñeme para que entiendan
que era conmigo el enojo.

Ines. Si por mi padre no fuera,
(*Alzando la voz y fingiendo enojo.*)
te diera el justo castigo
que merece tu insolencia.

ESCENA V.

DON JUAN *y* SANCHO, *que salen por diferentes puertas.*—
DOÑA INES. BEATRIZ.

Ines. Don Juan ha de ser mi esposo,
y quien atrevida intenta
decir que es un ignorante,
desairado y necio, sepa
que me ofende; y dado caso
que estos defectos padezca,
si á mí me parece bien,
poco importa que los tenga.

Sancho. Dice muy bien doña Ines.
Tonta, insulsa, majadera,
¿tan mal os he parecido?
Decid, verganta, ¿estas piernas
pueden ser mas bien sacadas?
¿No soy ancho de hombros? Puerca,
mi cara ¿haránla mejor
aunque la hiciesen de cera?
Holgara haberme casado
para daros una vuelta
de podenco.

Beatriz. Siendo suya,
ser de podenco era fuerza.

Sancho. Apártese de mi vista,
y vaya á cuidar la cena;

y si otra vez da motivo
á que me turbe la siesta
con sus voces doña Ines,
en el pozo de cabeza
os he de echar.

Ines. Perdonadla.

Juan. Templaos.

Sancho. Nada me templa.
¿Yo necio? Vaya, no sé
como he tenido paciencia.

Beatriz. (*Aparte.*) Ya salimos de este apuro,
aunque bien caro me cuesta.

Sancho. Váyase de aquí.

Ines. Dejadla;
que os prometo que no vuelva
á decir nada de vos.
Ya la he reñido de veras.

Beatriz. (*Aparte.*) ¿Cómo he de sacar ahora
á este galan escondido?

Sancho. (*Aparte.* Yo me vuelvo á ser marido.)
¿Queréisme mucho, señora?

Ines. (*Aparte.*) ¡Que esto á mi desdicha espera!

Juan. (*Aparte.*) Cuidados, no receleis.

Sancho. ¿No direis si me quereis?
Acabad.

Ines. De esta manera.
Antes que os viera, señor,
mi desprecio y mi osadía
lo que era desden sabía,
y ahora lo que es amor;
mas vivo con un dolor;
que aunque sé que me adorais,
me pesa cuando premiais
este amor que ardiente veis,
pues no le remediareis,
con ser vos quien le causais. (*Mira á D. Juan.*)
Amando, suspiro y lloro
con lágrimas del deseo,
cuando viéndoos á vos, veo
el dulce dueño que adoro;
y á no ser por mi decoro,
arrojada, sí, por Dios,

porque se viera en los dos
mostrara mortal la herida,
pues por vos gozo mi vida,
siendo mi muerte por vos.
Tan cruel, tan mi enemigo
es mi amor, por ser tan raro,
que cuando mas lo declaro,
es cuando menos lo digo.
Si le hablo, no le mitigo,
y si procuro fingirle,
es castigarme al sufrirle;
y así tengo al conservarle,
mucho fuego al ocultarle,
y poco alivio en decirle.

Sancho. (*Aparte.* Con grande resolucion
su amor me ha dado á entender.
¿Si esta bendita muger
me habrá tomado aficion?
Pues no perder la ocasion
es justo; que si su estrella
su inclinacion atropella,
dos cosas habré logrado;
la una salir de criado,
la otra alzarme con ella.)
Tanto á quereros me obligo
desde el instante que os ví...
Sancho, responded por mí;
que no sé lo que me digo.

Juan. ¿Yo, señor?

Sancho. ¿No sois testigo
de lo mucho que la quiero?
Pues responded, majadero.

Juan. Pues yo ¿sé vuestro cuidado?

Sancho. Haced lo que os he mandado,
que me costais mi dinero.

Juan. Estas finezas serán
sin alma.

Sancho. Sean.

Juan. (*Aparte.*) ¿Qué intenta?

Sancho. Haced este rato cuenta
que soy Sancho, y vos don Juan.
(*Aparte.*) Así este rato hablarán,

y yo observaré por mí.

Juan. Como lo consienta aquí
doña Ines, servirte intento.

Ines. Si es por mí, yo lo consiento.

Juan. Pues ya empiezo.

Sancho. Vaya, dí.

Juan. Yo con tan finos desvelos
os quiero, y con tanto ardor,
que para decir mi amor,
os digo que tengo celos.
Primero fueron recelos;
pero hoy tan confuso estoy,
que cuando á deciros voy
quien soy, tal me llego á ver,
que por ser el que he de ser,
no soy con vos el que soy.
Con discurso desigual
habeis llegado á argüir
que en no poderle decir,
se hace mayor vuestro mal;
pero está mi pena tal,
como es celoso mi amor,
que al declarar el temor
de un mal que no espera goces,
cuanto mas le digo á voces,
se hace el martirio mayor.

Ines. Luego si yo le he callado,
mayor mal vengo á sentir.

Juan. No, que el mio ha de morir
sin llegar á ser premiado.

Ines. ¿Cuando un amor no ha penado
mas, cuando se ha de ocultar?

Juan. Y en llegarle á declarar,
¿qué gloria habrá sin pagarle?

Ines. ¿No es mucho peor callarle
sin poderle remediar?

Juan. El que oculta un accidente,
ó ya de honor, ó de afrenta,
le llora cuando le cuenta,
y calla cuando le siente;
y es que entonces mas ardiente
se remueve aquel ardor;

si calla, cesa el dolor;
luego has esperimentado,
que se hace menor callado,
y hablado se hace mayor.

Ines. Dices bien; pero imagina,
para hacer concepto igual,
que cuando se cura un mal,
duele mas la medicina:
esperiencia peregrina
en este ejemplo hallarás;
pues cuando sintiendo estás
con voces tu mal feroz,
es que le cura la voz,
y por eso duele mas.

Juan. Pues, doña Ines, si es así
callar quiero mi pasion.

Ines. No, mejor es tu opinion:
yo he de hablar mi mal aquí.

Juan. Pues ¿merezco tu amor?

Ines. Sí.

Juan. ¡Qué gloria!

Ines. Hoy te premiarán
mis finezas.

Juan. ¿Y serán
constantes?

Ines. Amor es Dios.

Sancho. (*Aparte.* Mucho se huelgan los dos,
yo me vuelvo á ser don Juan.
Ella dice que le quiere,
y yo soy él: claro está
que por mí lo dice.) Sancho,
podeis iros al zaguan.

Juan. ¿Qué decís?

Sancho. Que estais aquí
fuera de vuestro lugar.
Idos. (*A Beatriz.*) Y seguidle vos.

Juan. (*Ap.*) ¡Sancho á solas! ¿Qué querrá? (*Vase.*)

Sancho. ¿No me oís?

Beatriz. Ya os obedezco.

(*Vase Beatriz: don Juan vuelve, y se queda escuchando al paño.*)

ESCENA VI.

DOÑA INES. SANCHO. DON JUAN, *oculto.*

Juan. (*Aparte.*) Desde aquí voy á escuchar
lo que traten.
Sancho. (*Aparte.* Ahora bien,
yo me quiero desasnar:
sacrificarme á mi amo
fuera grande necedad.)
Dulce dueño de mis ojos,
al oir que me adorais,
si no os he dado las gracias,
ha sido por cortedad;
que impone cierto respeto
un criado charlatan.
Permitid que en vuestra mano
llegue mi labio á gustar
las primicias inocentes
de la dicha conyugal.
Ines. (*Aparte separándose de Sancho y volviendo la espalda.*)
Esto me faltaba ahora.
Sancho. (*Aparte.* La mano me quiere dar,
y de puro vergonzosa,
la vuelve el respeto atras.)
¡Bien mio...!
Juan. (*Aparte.*) Voy por un palo
para salirle á matar.
Ines. Don Juan, si aspirais á ser
dueño de mi voluntad,
sed comedido.
Sancho. (*Aparte.* La tengo
lo mismo que un mazapan.)
Con todo comedimiento,
novios somos: pesco, y zas.
(*Coje la mano á Ines y se la besa.*)
Ines. ¿Cómo, atrevido...?
Sancho. Atrevido
es mejor que necio.
Ines. Andad

lejos de aquí, ó yo me iré.

Sancho. Ved...

Ines. No os puedo tolerar. (*Vase.*)

Sancho. Yo puedo hacer de mi mano (*Siguiéndola.*)
un sayo, y aun un gaban.

ESCENA VII.

DON JUAN.—SANCHO.

Juan. (*Que sale con un palo y aporrea á Sancho.*)
Pícaro, viven los cielos
que ahora me has de pagar
lo que has hecho.

Sancho. Yo ¿qué hice?

Juan. Besar su mano.

Sancho. No tal,
la mano me besó á mí.

Juan. De este modo pagarás
tu deslealtad.

Sancho. Pues, señor;
¿yo en qué he sido desleal?
¿He de perder, si me quiere,
por tí, mi comodidad?

Juan. ¡Vive Dios!

Sancho. Tente, señor,
no te precipites mas.

(*Sale doña Ines: don Juan, al verla, suelta el palo: lo coje Sancho, y apalea á su amo.*)

ESCENA VIII.

DOÑA INES.—DON JUAN. SANCHO.

Ines. ¿Qué es esto?

Sancho. Que este canalla,
descarado ganapan,
no ha de estar una hora en casa.
Aun he de zurrarle mas. (*Dándole.*)

Ines. Advertid que es buen criado.

Sancho. Doña Ines, entraos á hilar,
que es oficio de mugeres,

y dejadme castigar
mis criados. Toma, puerco. (*Dándole.*)

Ines. Señor, mirad...

Sancho. ¡Bueno va!
Ea, pícaro, espulsion;
idos de mi casa. ¡Hay tal!

Ines. Señor don Juan, si mi ruego
halla en vuestro amor lugar...

Sancho. ¿Qué es lo que mandais, señora?

Ines. ¿Qué? que no le despidais.

Sancho. Agradecedlo á mi esposa;
que á no mandármelo, ya
os habia de poner
hoy como un San Sebastian.
Grosero, belitre, ruin,
hombrecillo, tal por cual,
noramala para vos,
¿mi esposa os parece mal?
Pues, vergante, yo os prometo
que os la he de hacer descalzar.
(*Aparte al irse.*)
¡Oh si pudiera un criado,
así, para descansar,
sacudir de cuando en cuando
á su dueño el balandran! (*Vase.*)

ESCENA IX.

DOÑA INES. DON JUAN.

Ines. (*Aparte.* ¡Si será cierto lo que oigo!)
¿Oís, Sancho?

Juan. ¿Qué mandais?

Ines. Advertid que...

Juan. Declaraos.

Ines. A poderme declarar,
yo dijera...

Juan. ¿Qué decís?

Ines. Que aunque oisteis...

Juan. Acabad.

Ines. Que aunque dije que os adoro,
era porque erais don Juan.

Juan. Pues mi afan y mi deseo
es porque á don Juan querais.
Ines. ¿Lo deseais?
Juan. Fuera mi gloria.
Ines. (*Aparte.* No me tiene voluntad.)
¿Esto es cierto?
Juan. Y es tan cierto,
que todo mi honor está
en que á don Juan estimeis.
Ines. ¿Luego no os asegurais
que le adoro?
Juan. Estoy dudoso.
Ines. Pues no lo esteis, y pensad...
Juan. ¿Qué?
Ines. Que á don Juan solo quiero. (*Vase.*)
Juan. Plegue á Dios que sea verdad. (*Vase.*)

ESCENA X.

DOÑA ANA.

Estraño que don Fernando
no me haya visto despues
que estuve con doña Ines
de mis penas razonando.
En esta sala he sentido
de Ines, á lo que yo infiero,
airadas voces primero,
y despues confuso ruido.
¡Que este contínuo anhelar
mi vida y mi honor moleste!
El cuarto de Ines es este; (*Se encamina á él.*)
entrarla quiero á buscar,
y á decirla, ¿por qué así
olvidada me ha dejado...?
(*Abre con cuidado la puerta, y viendo á don Lope, vuelve á cerrarla y se retira hácia su cuarto, cubriéndose la cara con el abanico.*)
Pero solo y embozado
un hombre descubro allí:
yo me quiero volver, pues;
mas pienso que me ha sentido.

ESCENA XI.

DON LOPE.—DOÑA ANA.

Lope. (*Aparte.*) Hácia aquí he escuchado el ruido.
¡Vive Dios que es doña Ines!
Ana. (*Aparte, de espaldas á don Lope.*)
No me vió el rostro, que fuera
muy posible que importara.
Lope. Ines.
Ana. Yo cierro.
Lope. Repara...
No cierres, aguarda, espera;
ya vengo determinado:
no pienses que has de cerrar.
(*Ciérrase doña Ana y echa la llave por dentro, don Lope continúa, alzando la voz.*)
Vive Dios que has de escuchar,
puesto que yo te he escuchado.
Mi pena en este rigor
ya no puede estar mas muerta;
que no es la primera puerta
que le has cerrado á mi amor;
mas por si llegan á ser
celos los que me pediste,
de la dama que dijiste,
te quiero satisfacer.
En Burgos la hablé y la ví,
y aun su fe llegué á obtener;
mas ¿cómo pude querer
á quien el nombre fingí?
Basten estos desengaños,
si celos tu enojo han sido;
que á nadie se le han pedido
celos de amor de dos años.
Tu discurso apresurado
á tu pasion atropella,
pues solo me acuerdo de ella
porque me la has acordado.
La satisfaccion te doy;
paga el premio de mi fe,
pues ni la he visto, ni sé

en que parte está.

(*Doña Ana abre de pronto la puerta y se presenta á don Lope, que al conocerla, se retira confundido.*)

Ana. Aquí estoy.
¡Viven los cielos, ingrato,
traidor, y mal caballero...!

Lope. ¿Qué es, ojos, lo que he mirado?
¿Aquí doña Ana? ¿Qué es esto?

Ana. Que has de pagarme en venganzas
lo que he escuchado en desprecios;
y supuesto que te he hallado
cuando lo esperaba menos,
de mi rigor serás ruina,
y de mi agravio escarmiento.

Lope. No des voces; oye, aguarda.

Ana. No me tengas.

Lope. Yo prometo...

Ana. Cercado de mi razon,
¿pide partido tu miedo?

Lope. Si gritas, me iré.

Ana. ¡Ah traidor!
¿No hay quien oiga mis lamentos?
¿No hay quien acuda á las quejas
de una muger?

ESCENA XII.

DON JUAN.—DOÑA ANA. DON LOPE.

Juan. ¿Qué es aquesto?

Ana. ¡Oh Dios! ¡Tú en Madrid!

Juan. (*Aparte.*) ¡Qué miro!
¡Mi hermana!

Ana. ¡Valedme, cielos!

Juan. (*Aparte á D.ª Ana.* Si dices quien soy, pereces.)
Doña Ana, habladme sin miedo.
¿Quién os ofende? Decid.

Lope. ¿Quién es él para saberlo?

Juan. Soy criado de don Juan,
y á mi señor represento.

Lope. Yo no respondo á criados.

Juan. Respondereis á este acero.

Lope. ¡Villano!
Ana. No cueste sangre
un susto sin fundamento.
En ese cuarto de Ines
estaba este caballero;
le vi salir, me asusté,
grité, me detuvo: en esto
saliste...
Juan. Callad, callad.
¿Aquí estabais encubierto?
Justamente sospeché,
mis dudas se deshicieron.
Sacad la espada, don Lope.
Ana. ¿Don Lope? ¡Falso, perverso!
¿Vos sois don Andres de Herrera?
Juan. ¿Don Andres de Herrera? ¿Luego
vos sois el que habeis amado,
nombre y cariño fingiendo,
en Burgos á esta señora,
y el que dió muerte á don Diego?
Os repito que saqueis
la espada...
Lope. Ya lo deseo;
que los dos somos iguales
en llegando á los aceros. (*Riñen.*)
Ana. ¡Ay desdichada de mí!
Lope. No parece, vive el cielo,
vuestro valor de hombre bajo.
Juan. Ni de noble vuestros hechos.

ESCENA XIII.

DON FERNANDO.—DICHOS.

Fernando. ¿Qué es esto? Parad. ¿Qué haceis?
Lope. Matar á un criado necio.
Juan. Volver por vos y por mí.
Fernando. Contadme, Lope, este empeño.
Ana. Yo lo contaré mejor,
yo que en vuestra casa á un tiempo
encuentro un amante falso,
y un hermano verdadero.

Ved á don Andres de Herrera,
por quien hoy mi fama pierdo,
tan diestro en fingir amores,
como necia yo en creerlos.

Fernando. No mas, señora, no mas;
que este es el mayor empeño
que han visto las esperiencias
de mis años.

Juan. ¿Y no debo
mirar yo, siendo criado,
por el honor de mi dueño?

Fernando. Mirar debeis por su honor;
no lo dudo, ni lo niego.

Juan. Pues en el cuarto de Ines
don Lope estaba encubierto,
doña Ana de él se quejaba,
airado salí á este tiempo;
ó esta ofensa es de doña Ana,
ó de doña Ines el duelo:
la una es ofensa de agravio,
la otra de honor y de celos;
y siendo ciertas las dos,
matarle por una quiero.

Fernando. El honor de esta señora
es mas limpio que el sol mesmo;
y del duelo de mi hija
no debo satisfaceros,
porque ese duelo me toca
como á su padre; y supuesto
que tengo seguridad
de don Lope, no pretendo
satisfaceros á vos,
pues que yo estoy satisfecho.

Juan. Si vos lo juzgais así,
yo vuestra opinion respeto;
pero á los dos, dos palabras
pediros á un tiempo quiero.
Que entregareis á doña Ana (*A D. Fernando.*)
á su hermano, á vos os ruego.
Y que vos acabareis (*A don Lope.*)
con mi señor este duelo.

Fernando. Yo ofrezco lo que pedís.

Lope. Yo lo que ordenais ofrezco;
pero es vergüenza, por Dios,
que siendo quien sois, os demos
palabra que será nueva.

Juan. Vive Dios, que soy tan bueno
como don Juan, y que haré
que así lo confiese él mesmo;
y yo sé que don Juan es
tan cumplido caballero,
que lo que mi lengua diga,
sustentará su denuedo.

Lope. Pues yo os prometo buscarle.

Juan. Él os buscará primero.

FIN DEL ACTO TERCERO.

Acto cuarto.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA INES. DOÑA ANA, *con manto.*

Ana. Déjame ir, Ines, y advierte...
Ines. Digo que no has de pasar.
Ana. ¿Qué intentas?
Ines. Quiero evitar
con mi cuidado tu muerte.
Esto, doña Ana, ha de ser.
Ana. Empeñarte en detenerme,
doña Ines, será perderme,
por quererme defender.
Temo el acero inhumano
de don Juan, que está ofendido.
Ines. Sancho y mi padre han salido
juntos á buscar tu hermano,
y así puedes divertir
tu mal.
Ana. Déjame, señora.
Ines. Mandóme mi padre ahora
que no te deje salir.
Ana. Si aquí me encuentra, imagino
que don Juan me ha de matar.
Ines. En un riesgo suele estar
dispuesta la medicina.
Manifiéstame el dolor
que callas, y yo recelo;

que yo te daré el consuelo
conforme al mal.

Ana. Tengo amor.

Ines. Yo tambien ese mal siento
con mas activo rigor;
que no hay quien no tenga amor,
en teniendo entendimiento.

Ana. ¡Ay! que no paran aquí,
doña Ines, mis desconsuelos;
pues tengo ademas...

Ines. ¿Qué?

Ana. Celos.

Ines. ¿De quién, doña Ana?

Ana. De tí.

Ines. Pues dí, ¿de qué has colegido
esos celos, y por qué?

Ana. Porque á don Lope encontré
dentro en tu cuarto escondido.

Ines. ¿Me viste hablándole?

Ana. No;
mas mi amante, ó mi enemigo,
pensó que hablaba contigo,
y quererme á mí negó;
y así por aquel desden
mayor mi sospecha se hace;
porque aquel que satisface,
ó es querido, ó quiere bien.

Ines. Un desengaño mayor
es preciso que se arguya
en esta sospecha tuya.

Ana. ¿Cuál?

Ines. Que yo no tengo amor.

Ana. Ines, mi pena y mi afan
mayor alivio reclama.

Ines. No hay dama que quiera dama
que ha querido á su galan;
y así por seguro ten
que en mí no afecto tal,
pues yo te quisiera mal,
si yo le quisiera bien.

Ana. Celosa me tienes, sí;
pero mal la causa infieres;

no digo que á Lope quieres,
sino que él te quiere á tí.

Ines. Pues bien, si don Lope infiel
sus promesas ha vendido,
esos celos que has tenido,
no son de mí, sino de él.

Ana. Dices bien; déjame, pues
no remedio tanto ardor,
por el riesgo de mi honor
irme de tu casa, Ines.

Ines. No, por Dios, no te has de ir;
y ahora tu juicio infiera
que si á don Lope quisiera,
yo te dejara salir.

Ana. Tanto riesgo se previene,
que decírtelo no puedo.

Ines. Tu amor enfrene tu miedo.

Ana. Don Juan no es don Juan.

Ines. Él viene·
sígueme sin dilacion;
que yo en tanto prevenida
quiero escucharle escondida. (*Vanse.*)

ESCENA II.

SANCHO.

Despues de Dios, bodegon.
No mas mesa principal;
que es cosa de Lucifer
ponerse un pobre á comer
con hambre descomunal,
y en medio del señorío
de un banquete de aparato,
sacar ahito el olfato,
y el estómago vacío.
Mi apetito se contrista
si vé platos que no toca;
que yo como por la boca,
si otros comen con la vista.
Figon quiero, aunque ofender
se deban gusto y decencia:

¡bendita la providencia
que no me dió que perder!
Ser un triste ganapan
lo tengo por un favor:
mil goces pierde un señor,
que los disfruta un gañan.
Esto tengo por mas bueno
que ser grande y poderoso;
tal vez en manjar costoso
suele encubrirse el veneno;
y es cosa que maravilla,
como Lope lo notó,
que á ningun pobre se vió
darle veneno en morcilla.
No pensé por ningun caso
cuando el disfraz admití,
que iba á ser galan aquí
para ayunar al traspaso:
mi error debo confesar;
ya perdí mis ilusiones;
pero al fin hay bodegones,
y me puedo desquitar.

ESCENA III.

BEATRIZ.—SANCHO.

Beatriz. Seais, don Juan, bien venido.
Sancho. (*Aparte.*) ¡Beatriz! va de pundonor.
Beatriz. Don Lope con mi señor
á buscaros ha salido,
y Sancho vuestro criado.
Sancho. ¿Qué me querian?
Beatriz. No sé.
Sancho. No me encontraron porque
su magestad me ha llamado.
Beatriz. Vuestro suegro, y dueño mio,
aquesta llave que veis
me dió para que os bajeis
al cuarto que está vacío,
y de preparar acabo.
Quiere que abajo habiteis;

pero buen cuarto teneis.

Sancho. Para mí basta un ochavo.

Beatriz. Me falta bajar la cama.

Sancho. Y en fin, ¿por qué la bajais?

Beatriz. Porque no es bien que vivais
en el cuarto de mi ama.
Todos este yerro ven,
y que no estando casado,
será en la corte notado
que durmais arriba.

Sancho. Bien:
dadme la llave.

Beatriz. Tomad.
(*Da á Sancho una llave.*)

Sancho. (*Aparte.* ¡Lo que á servirme se humilla!)
¿Quieres creer, Beatricilla,
que te tengo voluntad?
Sí, juro á briós.

Beatriz. ¿Qué me dices?
¿amor me tienes á mí?

Sancho. Beatriz, desde que nací,
fuí inclinado á las Beatrices.

Beatriz. No soy tan angelical,
que crea ese amor sincero.

Sancho. De sazonar el puchero,
se te ha pegado la sal.

Beatriz. Que no he de hacer caso digo,
de quien mi decoro mancha.

Sancho. (*Aparte.* Porque la ruego, se ensancha.
¡Qué bien decia un amigo!
que el que quisiere vencer
cualquier fregona, al llegar,
no la procure rogar,
porque es echarlo á perder.)
En fin, ¿que no te persuades
á pagar mi amor honesto?

Beatriz. No.

Sancho. Pues embisto.
(*Se acerca á Beatriz en ademan de abrazarla.*)

ESCENA IV.

DOÑA INES.—DICHOS.

Ines. ¿Qué es esto?
Sancho. ¿Esto? Nada, mocedades.
Ines. ¿Pues cómo habeis profanado
mi opinion y fama toda?
Sancho. El contento de la boda
me tiene desatinado.
Ines. Vuestra voluntad ingrata,
¿cómo mi honra atropella?
Sancho. Yo no lo hacia por ella,
sino por tenerla grata.
Ines. Advertid...

ESCENA V.

DON FERNANDO.—DICHOS.

Fernando. Señor don Juan.
Sancho. Don Fernando, bien venido.
Fernando. A buscaros he salido.
Sancho. ¿Ha ocurrido algun desman?
Fernando. Lo sabreis.
Sancho. Acabad pues:
¿quién os impide el hablar?
Fernando. Solos hemos de quedar:
vete, Beatriz, vete, Ines. (*Vanse las dos.*)
Sancho. (*Aparte.*) Este mi suegro es fatal:
¿á qué vendrán sus estremos?

ESCENA VI.

DON FERNANDO. SANCHO.

Sancho. Señor suegro, ¿qué tenemos?
Fernando. Un empeño grande.
Sancho. ¿Cuál?
Fernando. Que al campo vais os exhorta
mi celo que os desengaña.

Sancho. ¿Pues qué importa ir á campaña?
Fernando. Es á reñir.
Sancho. ¿Eso importa?
Si de obedeceros trato,
¿por qué irritarme quereis?
Fernando. Porque un agravio teneis.
Sancho. Vos sois grande mentecato.
Fernando. Pues decid, ¿de qué inferís
ser yo necio y poco sabio?
Sancho. Si yo no sabia mi agravio,
¿para qué me lo decís?
Fernando. O atrevido, ó inhumano,
que á reñir salgais espero,
porque está aqui el caballero
que dió muerte á vuestro hermano;
y fuese valor ó suerte
cuando matarle intentó,
en vuestra casa le dió
á oscuras sangrienta muerte.
Sancho. ¿A oscuras fué?
Fernando. A oscuras fué.
Sancho. Pues no quiero acometerle;
que si á aquel mató sin verle,
¿qué hará de mí si me vé?
Fernando. No vengaros será ultraje,
y aun cobardía será.
Sancho. ¿No mirais que sabe ya
cómo matar mi linage?
Fernando. Que ese es temor imagino.
Sancho. ¿Temor? Confundiros quiero.
¿Quién es ese caballero?
Fernando. Es don Lope mi sobrino.
Sancho. ¡Oh! Pues si don Lope es,
templóse mi enojo ardiente;
basta ser vuestro pariente
para echarme yo á sus pies.
Fernando. Que tomeis vengan[illegible] elijo,
ó indignado ó valeroso,
pues siendo de Ines esposo,
mas sois vos, pues sois mi hijo.
Sancho. (*Hace ademan de irse y sacar la espada.*)
Pues á morir se prevenga;

que ya á matarle me arrojo.

Fernando. No tan presto.

Sancho. ¡Oh! si me enojo,
no hay demonio que me tenga.

Fernando. Con otra ofensa profana
vuestra nobleza.

Sancho. Pues bien.

Fernando. Hay otro agravio tambien.

Sancho. ¿Y es?

Fernando. Que ofendió á vuestra hermana.

Sancho. ¿Cierto?

Fernando. Podéislo creer.

Sancho. Pues ya perdonarle intento.

Fernando. ¿Por qué?

Sancho. Por un juramento:
yo no riño por muger.

Fernando. ¿Esa es la llama inhumana
con que vuestro enojo ardió?

Sancho. ¿Pero he de andar hecho yo
el campeon de mi hermana,
si por mis pecados negros
hace de mi muerte alarde?

Fernando. Vive Dios que sois cobarde.

Sancho. Eso no toca á los suegros.

Fernando. Sí les toca.

Sancho. ¡Hay tal matarse!
Suegro cisma, y suegro eterno,
si porque he de ser tu yerno
procuras despavilarme,
haces mal; que es sin razon,
porque un duelo satisfaga,
que este yernicidio se haga
antes de la posesion.

Fernando. Sancho palabra le ha dado
de reñir por vos aquí.

Sancho. Pues que la cumpla por mí,
si la ha dado mi criado.

Fernando. ¡Asi el honor se desdora!
¿No reñís por vuestra hermana?

Sancho. Señor, reñir quiere gana,
y yo no la tengo ahora.

Fernando. ¡Vive Dios...!

Sancho. ¡Qué porfiar!
Fernando. ¡Asi un temor os reporta!
Sancho. Suegro ó diablo, ¿qué os importa
que yo me salga á matar?
Fernando. Cuando yo esposo os elijo
de Ines, viendo esa templanza,
ó habeis de tomar venganza,
ó no habeis de ser mi hijo:
y sin que se satisfaga
el duelo, no hay que pensar,
que no os tengo de casar.
Sancho. Nunca mas daño me haga.
Fernando. ¡Vive Dios!
Sancho. ¿Hay tal infierno
de hombre?
Fernando. ¡Cobarde, villano!
Sancho. No se tome tanta mano
uced, que aun no soy su yerno.
Fernando. La muerte daros sabré,
porque aunque me estoy templando...

ESCENA VII.

DON JUAN.—DICHOS.

Juan. ¿Qué es aquesto, don Fernando?
Fernando. Escuchad y lo diré.
Porque tome recompensa
hoy de su honor ofendido,
á vuestro dueño le pido
que satisfaga una ofensa.
Pero hace tanto desprecio,
con saber ya su enemigo,
que al verle remiso, digo
que es cobarde ó que es muy necio.
Y puesto que tan templado
deja vivo un deshonor,
pues no sabe ser señor,
sed señor, y sed criado.
Cuerdo podeis enseñalle
á cumplir con su opinion;
esta fue mi obligacion;

don Lope espera en la calle:
hacedle tener valor,
criado á un tiempo y amigo;
que aunque es grande su enemigo,
es el agravio mayor.
Irritadle vos aquí,
pues templado se reporta;
que aunque á mí su honor me importa,
á él le importa mas que á mí. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DON JUAN. SANCHO.

Sancho. ¿Fuése?
Juan. Ya se fué.
Sancho. Pues hablo.
Dejemos ahora aparte
ficciones y desatinos,
que no es tiempo de burlarse.
Dime, ¿no has desafiado
por mí á don Lope esta tarde?
Juan. Sí.
Sancho. ¿Reñiste con él?
Juan. No.
Sancho. Pues tu acero tu honra lave,
que las manchas del honor
las saca el valor con sangre.
A tu hermano dió la muerte.
Juan. Ya lo sé.
Sancho. Pues á vengarte.
Sácale á campaña.
Juan. No;
porque aunque se satisfacen
en el campo las venganzas
en casos de honor tan graves,
aunque venza á mi enemigo,
no quiero yo aventurarme
á que no se cuente bien;
que allí no lo mira nadie;
y con mirarlo y saberlo,
hay en Madrid lenguas tales,

que cuentan los vencimientos
á la luz de los desaires.

Sancho. Pues señor, ya no se usa
sacar la espada en la calle;
que en las calles de la corte
todas las guerras son paces.

Juan. Si yo tuviera una casa
donde poder encerrarme
con él...

Sancho. Espera, señor.

Juan. ¿Por qué?

Sancho. Porque en este instante
se te cayó la pendencia
en la miel. Aquesta llave
es de un cuarto de esta casa,
que aunque bajo, es cuarto grande.
Ahora me la dió Beatriz,
y dijo que me bajase
á habitar en él; tú puedes,
pues él te espera, encerrarte
allí; que si le das muerte,
tanto Ines como su padre
han de saber tu venganza,
y tú has de quedar triunfante.

Juan. Dices bien. Pues baja, Sancho,
y llámale.

Sancho. Es disparate:
en cosas que importan tanto,
ya bien puedes declararte.
Baja, y dí que eres don Juan.

Juan. En vano me persüades;
que si por solo unos celos
encubrí mi nombre amante,
¿cuánto mas justo será
que por mi honor me disfrace?
Y asi, en tanto que vengado
todo este volcan se apague,
sabe tú sufrir mi nombre,
pues yo sé pasar mi ultraje.

Sancho. Dí qué quieres hacer.

Juan. Esto.
Dame ahora aquesa llave.

Sancho. (*Da la llave á don Juan.*)
Toma. ¿Qué intentas? Acaba.
Juan. Ahora es fuerza que bajes,
y que hables con él: que yo
en tanto quiero aguardarle
dentro del cuarto escondido,
y una industria ha de vengarme,
que has de ver.
Sancho. Con que, señor,
¿he de ir á desafiarle?
Juan. Sí.
Sancho. ¿Y si le diese tal prisa
de reñir, que al mismo instante
desatacase la espada,
¿cómo quieres que le ataje?
Juan. Hazle señas desde lejos;
que él te seguirá al instante.
Sancho. Y dí, si es corto de vista,
y no viese las señales,
¿qué quieres que haga, señor?
Juan. Ya eso es pasar á cobarde.
Sancho. No es sino ser advertido.
En fin, ¿quieres esperarle?
Juan. Dentro del cuarto estaré.
Sancho. Mira que al entrar no aguardes
que él embista; embiste tú;
que temo que se adelante.
Juan. Parte al punto.
Sancho. Voy por él.
Juan. Y yo tambien á aguardarle...
Sancho, á Dios. (*Vase.*)
Sancho. Señor, á Dios.
Él por quien es, hoy me saque
de ser criado y señor:
no sea el demonio que paguen
los Sanchos aquesta vez
lo que hicieron los don Juanes.

FIN DEL ACTO CUARTO.

Acto quinto.

Decoracion de sala, con dos puertas y una alcoba cerrada con cortinas.—Hay una luz sobre una mesa.

ESCENA PRIMERA.

BEATRIZ.

Ea, ya tienen aqui
acomodados los catres
don Juan y Sancho: mi ama
está con deseo grande
de saber en qué ha parado
la pendencia de esta tarde,
y ella y la otra dama quieren
que atisbe yo lo que pase,
con el encargo especial
de que no he de hablar con nadie.
Perdono el ver á don Lope,
aunque suele regalarme;
perdono el ver á don Juan,
que abraza, aunque no regale;
mas no ver á Sancho, es cosa
que no sé cómo la aguante.
¿Con quién puedo yo tratar
mejor que con mis iguales?
Este criado, este hombron,
de linda presencia y talle,
me aficiona por lo tosco,

y pica por lo arrogante.
Me parece que ha de ser
desgarrado, y algo jaque,
y los bravos solamente
son los que me satisfacen.
Lleve el diablo á las mugeres
que quieren lindos vergantes.
¿Para qué es bueno un muñeco,
que se esté mirando el talle
desde el alba hasta la noche,
que presume que nos hace
el amor de merced, solo
en permitir que le hablen?
¿No es mejor un bravo que entra
muy zaino, y dice: ¿qué hace?
—¿Qué quiere que haga á las diez
de la noche yo? Esperarle.
—¿No he dicho que no me espere?
—Pues ¿qué he de hacer?—Acostarse.—
Y luego al punto me sienta
mas arriba del gaznate
seis manotadas. ¿Qué menos?
—Él habia de tocarme
en el pelo de la ropa?
—¿Oye?—Bien le oigo.—Que calle
la digo.—No he de callar;
en mi casa estoy, infame..
—Mire no demos al diablo
que comer.—Con lo que él trae,
ni de cenar le daremos.—
Y en fin, con lindo donaire,
de á manotones de á folio
me da seis pares de pares.
Esta es vida, y este es hombre:
pasemos mas adelante.
Llama un melifluo á la puerta.—
¿Quién llama? ¿quién es?—Yo, abre.
Entra, y lo primero es
ir al espejo á mirarse.
Llégase luego la dama,
y si ella quiere abrazarle,
dice: mira esta valona,

no sea que me la ajes.
¿Que haya quien quiera á estos mándrias?
¡Que haya muger que los hable,
pudiendo cualquiera dama
tener, si quiere buscarle,
no lindo que la requiebre.
sino crudo que la balde!
Que si he de hablar la verdad,
las bofetadas me saben,
si son á tiempo, mejor
que gallinas y faisanes.
Pues volviendo á este criado,
(*Oye ruido como de abrir la puerta.*)
digo... mas la puerta abren.
Póngome detras de aquella,
para avisar si hay un lance.
(*Márchase y cierra.*)

ESCENA II.

DON JUAN.

No acertaba, por Dios, á abrir la puerta;
ahora importa que se quede abierta.
Ya mi venganza halló felice centro:
poner la llave intento por de dentro,
y en esta alcoba elijo retirado,
noble acabar lo que empecé criado.
Ya llegan, y yo quiero
disponer á mi honor mi ardiente acero.
Hoy cobrará dichosa mi esperanza,
ó la satisfaccion, ó la venganza.
(*Escóndese en la alcoba.*)

ESCENA III.

SANCHO. DON LOPE.—DON JUAN.

Lope. Ea, señor don Juan, solos estamos;
ya es tiempo que cumplamos,
pues son precisas las obligaciones,
de una ofensa las dos satisfacciones;
y hallar quisiera, para no ofenderos,

medio con que poder satisfaceros;
pero pues ya supísteis vuestro agravio,
pase al acero la pasion del labio;
que á una ofensa juzgada
satisface la lengua de la espada.
Por una parte intento provocaros,
y por otra templaros;
que hoy temo, vive Dios (decirlo quiero),
vuestra razon aun mas que vuestro acero.

Sancho. (*Aparte.*)
Por san Cosme bendito, que he entendido
que abrió mi amo la puerta, y que se ha ido.

Lope. Ea, irrite la espada vuestro brio.

Sancho. Esto no quiere prisa, señor mio.
(*Aparte.*) Él se fué, que dejó la puerta abierta.

Lope. Acabad, y cerremos esa puerta.

Sancho. Esperad.

Lope. Ya la cierro. (*Cierra la puerta.*)

Sancho. (*Aparte.*) Entre puertas yo llevo pan de perro.

Lope. Avivad de ese fuego las cenizas.

Sancho. Mas estocadas hay que longanizas;
tiempo hay harto, señor, por Jesucristo.
(*Aparte.* Junto á esta puerta á mi señor he visto.)

(*Aparte á don Juan, que se ha asomado por entre las cortinas de la alcoba.*)
Ea, señor, ¿qué esperas?
porque este hombre ha de darme para peras.

Juan. Empieza, riñe, para asegurarlo.

Sancho. ¿Y si acaba conmigo al empezarlo?
(*Ocúltase don Juan.*)

Lope. ¿No vibrais el acero penetrante?

Sancho. Estoy haciendo cólera bastante.
(*Aparte á don Juan.*)
Sal, que ya empiezo.

(*Desenvaina la espada, y hace que la endereza.*)

Lope. ¿Qué es aquesto?

Sancho. Nada:
dejadme enderezar aquesta espada.

Lope. Que suspendais vuestro valor me pesa.

Sancho. Tuércese fácilmente: es genovesa.

Lope. Acabad.

Sancho. ¡Vive Dios que un real no vale!

(*Aparte.* ¿A qué espera mi amo que no sale?)

Lope. Que no le importa á vuestro brio infiero;
que el valor obra mas que no el acero.

Sancho. Ea, pues.

(*Cruzan las espadas varias veces, retirándose siempre Sancho.*)

Lope. ¡Sois valiente y arrojado!

Sancho. Hélo sido; mas ya se me ha olvidado.
(*Bajo á don Juan.*)
Ea, señor, arrójate valiente.

Lope. ¡Bien reñís, vive Dios!

Sancho. Bonitamente.

Lope. ¿Cómo con mis impulsos no os provoco?

Sancho. (*Aparte.*
Mal me trata.) Esperad, tened un poco.

Lope. Decid, pues. ¿Qué os ataja ú os divierte?

Sancho. ¿Vos no le dísteis á mi hermano muerte
á oscuras?

Lope. Sí.

Juan. (*Aparte.*) Buen medio ha discurrido
para reñir, y no ser conocido.

Sancho. Pues mi cordura á mi valor ataja;
que yo no he de mataros con ventaja:
á oscuras fué el matarle por vengaros,
y á oscuras, vive Dios, he de mataros.

(*Apaga la luz. Sale don Juan de la alcoba, háblale Sancho aparte, colócase don Juan en lugar de su criado, y riñe con don Lope.*)

Ea, señor, ahí tienes tu enemigo;
toma en él la venganza ó el castigo.

Juan. Mataréle; pues hoy quiere mi suerte
satisfacer mi fama con su muerte.

Sancho. Pues yo donde él estaba, estoy seguro.
(*Éntrase en la alcoba.*)

Lope. La luz muestra sus rayos en lo oscuro.
Mas valiente, por Dios, os he advertido.
Viven los cielos que me habeis herido.

Fern. (*Dentro.*) Hola, Beatriz.

Juan. (*Aparte.*) Que bajan luz recelo.

Lope. Yo he de vengar mi sangre, ¡vive el cielo!

Juan. (*Aparte.*) Sancho, sal otra vez.

Sancho. ¿Qué dices?

Juan. Presto.

(*Éntrase don Juan en la alcoba, y sale Sancho, que viendo herido á don Lope, le acomete denodado.*)

ESCENA IV.

DON FERNANDO. BEATRIZ.—DON LOPE. SANCHO.

(*Luces.*)

Fern. Detened, esperad. Don Juan, ¿qué es esto?
Sancho. ¿Esto? Matar á aquel que me ha ofendido.
Lope. Y yo vengar mi sangre.
Fern. ¿Estais herido?
Lope. Sí estoy.
Fern. ¿Es cuchillada, ó estocada?
Sancho. En mi vida he tirado cuchillada,
que es de bobos, y yo riño prudente.
Fern. No os tuve, vive Dios, por tan valiente.
¿Dónde es?
Lope. En este brazo es la herida.
Sancho. Esa es mi herida, no la erré en mi vida.
Fern. ¿Y ahora vuestra ofensa impia
qué es lo que pretende hacer?
Lope. Yo quiero satisfacer
con otra sangre la mia.
Fernando. Uno airado, otro ofendido,
volved, nobles, á arrojaros,
que mucho mas que á aplacaros,
á irritaros he venido;
que si al bajar arrojado
hallo solos á los dos,
de ninguno, vive Dios,
me pienso poner al lado.
Entre los dos igualmente
neutral mi pasion obligo:
uno es mi sangre y mi amigo,
otro mi amigo y pariente.
Y puesto que no se vé,
segun de los dos recelo,
satisfecho vuestro duelo,
reñid, que yo os miraré.

Lope. Pues es tan cuerdo, admitir
es fuerza vuestro consejo.
Sancho. En efecto, aqueste viejo
me ha hecho por fuerza reñir.
Lope. Ya la ira me obliga aquí
á irritaros inhumano:
yo dí muerte á vuestro hermano,
y á vuestra hermana ofendí;
y asi atrevido y osado
todo mi ardor os provoca.

ESCENA V.

DON JUAN.—DON LOPE. DON FERNANDO. SANCHO.

(*Doña Ana y doña Ines entreabren la puerta del jardin algo despues.*)

Juan. Esa venganza le toca
solo á don Juan de Alvarado,
y asi el acero indignad.
Lope. Pues ¿quién es don Juan aquí?
Juan. Yo soy don Juan.
Sancho. Es así.
Juan. Y este es Sancho.
Sancho. Asi es verdad.
Juan. Bien pude disfrazar yo,
oculto como criado,
un agravio adivinado,
pero averiguado no.
Y asi para castigarle,
quise esponerme á sentirle;
que una cosa es presumirle,
y otra cosa es escucharle.
Que soy don Juan, bien se vé,
y tambien á oscuras fuí
el que primero os herí,
y el que ahora os mataré.
Asi las satisfacciones
prometidas se verán;
porque asi sabe don Juan
cumplir sus obligaciones.

Fernando. Decid, ¿por qué cauteloso
tan oculto habeis estado?
Lope. ¿Por qué habeis disimulado
el nombre?
Juan. Estuve celoso.
Fernando. ¿Pues de quien los celos son?
Decid el indicio aquí.
Lope. ¿De quién?
Juan. De vos, pues os ví
bajar aqui de un balcon.
Lope. ¿Vos lo vísteis?
Juan. Y despues,
ó amante, ó determinado,
os hallé oculto y cerrado
dentro del cuarto de Ines.
Lope. ¿Pues por qué se declaró,
guardando ardor tan violento,
aqui vuestro sentimiento?
Fernando. ¿No teneis ya celos?
Juan. No.
Lope. Pues publiquen vuestros labios
esos dudosos recelos.
¿Por qué no teneis ya celos?
Decid.
Juan. Porque tengo agravios.
Amor tuve con desvelos
iguales á mi dolor;
y asi como en el amor
hallan propiedad los celos,
á un tiempo advertí y dudé,
cautelosamente sabio;
pero en sabiendo mi agravio,
de mis celos me olvidé;
que si en dudas y recelos
de aquel repetido ardor,
donde hay celos, hay amor,
donde hay agravios, no hay celos.
Lope. Aunque ya como enemigo
vibrais la espada en la mano,
advertid que vuestro hermano
era mi mayor amigo.
Y aunque á oscuras torpe y ciego

á don Diego muerte dí,
como en suma, no le ví,
no supe que era don Diego.

Fernando. Si no es mi crédito escaso,
yo esta verdad os abono.

Juan. Pues esta ofensa perdono,
y á la de mi hermana paso.

Lope. Cuando enamoré á doña Ana,
de un error nacieron dos;
pues tampoco, vive Dios,
supe que era vuestra hermana;
que antes perdiera la vida
avergonzado y corrido.

Juan. Y por no haberlo sabido,
¿deja de estar ofendida?
Mal satisfaceis asi
á tantos agravios.

Lope. Pues
sabed que yo quise á Ines,
y ella no me quiso á mí.
Beatriz, viendo mi pasion,
viéndome de amor rendido,
por dos veces me ha escondido
en el cuarto y el balcon.
Y puesto que honores gano,
mi amor á pagar se allana
con la mano de doña Ana
la sangre de vuestro hermano.
Y si al sí de nuestros labios,
doña Ana mi esposa es,
siendo vuestra doña Ines,
ni habrá celos, ni habrá agravios.

Juan. Nuevo honor en eso gano. (*Abrázale.*)
Busquémoslas.

ESCENA VI.

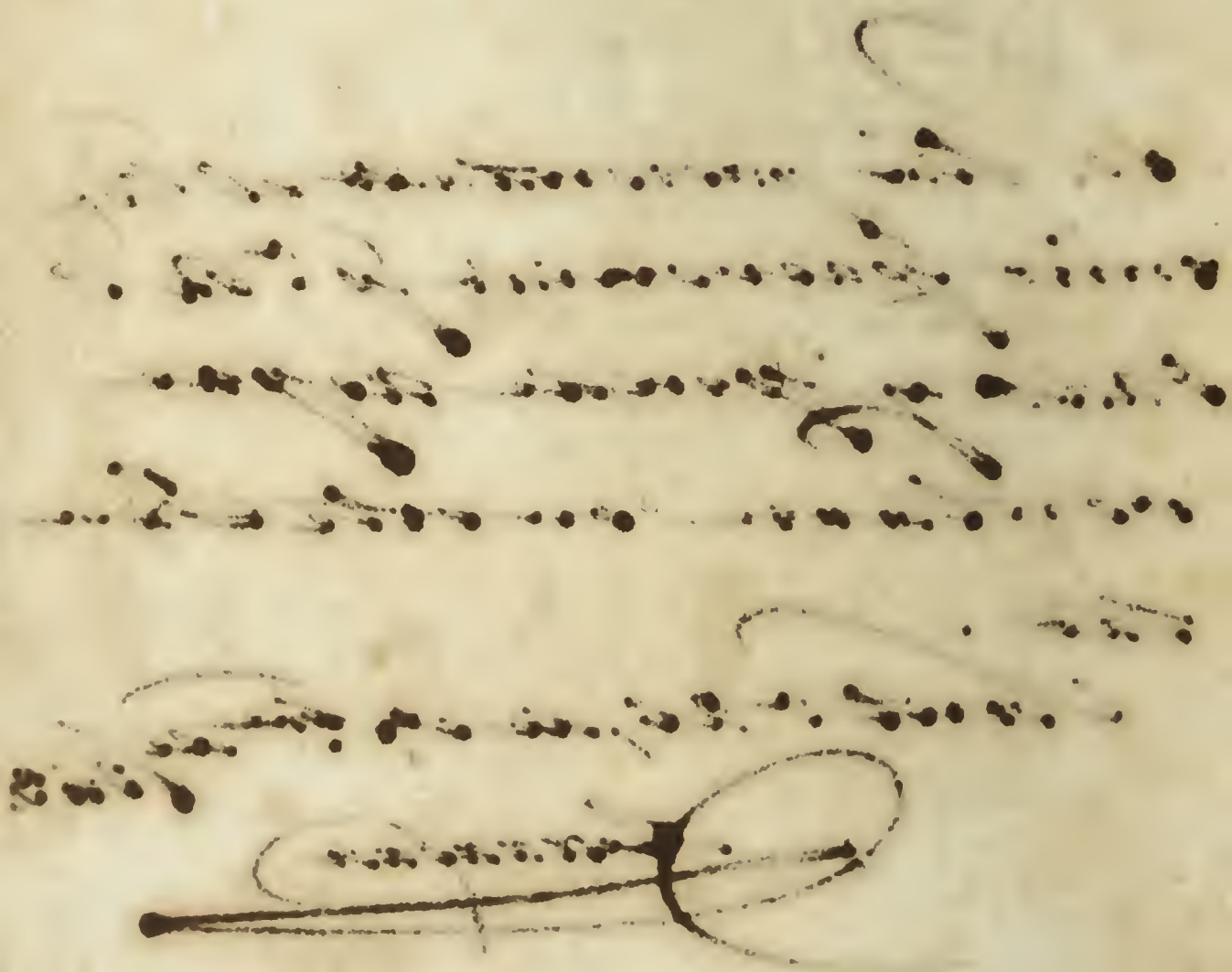
DOÑA INES. DOÑA ANA. BEATRIZ. (*Salen por la puerta que da al jardin.*)—DON FERNANDO. DON JUAN. DON LOPE *y* SANCHO.

Beatriz. Aqui estan.
Ines. Esta es mi mano, don Juan,
Ana. Esta es, don Lope, mi mano.
Sancho. (*A Beatriz.*) Chica, ejemplo tan feliz
me hace caer en tus garras.
(*A Ines.*) Dadme el retrato de marras
para dársele á Beatriz.

FIN DE LA COMEDIA.

Se halla presentado al Reximiento Provincial p.r 62. Ordn.o y queda apparentemente en este Archivo.

Cart.a 26, de 1.o de 1863.



3 0112 117474525

Se halla en Madrid en las librerias de Escamilla, *calle de Carretas; en la de* Cuesta, *frente á las Covachuelas, y en las provincias en las siguientes:*

Alicante.....	*Champurán.*
Alcoy.....	*Marti Roig*
Badajoz.....	*Viuda de Carrillo y sobrinos.*
Barcelona.....	*Piferrer.*
Burgos.....	*Arnaiz.*
Cádiz.....	*Moraleda.*
Córdoba.....	*Berard.*
Coruña.....	*Perez.*
Granada.....	*Sanz.*
Habana.....	*Alegria y Charlain y en la de Ramos.*
Jerez.....	*Bueno.*
Málaga.....	*Viuda de Aguilar*
Murcia.....	*Benedicto.*
Oviedo.....	*Longoria.*
Pamplona.....	*Suarez.*
Palencia.....	*Pastor.*
Santiago.....	*Rey Romero.*
Sevilla.....	*Caro Cartaya.*
Santander.....	*Martinez.*
Salamanca.....	*Blanco.*
Toledo.....	*Hernandez.*
Valladolid.....	*Rodriguez.*
Vitoria.....	*Hormilugue.*
Valencia.....	*Mallen.*
Zaragoza.....	*Yagüe.*